



Tipo de documento: Tesis de Maestría

Título del documento: América Latina: de la modernización a la dependencia: debates y transformaciones sobre el capitalismo, la industrialización, el desarrollismo y el peronismo en el campo intelectual y político de la izquierda argentina desde la mirada de Milcíades Peña (C. 1955-1965)

Autores (en el caso de tesis y directores):

Eduardo Nazareno Sánchez

Esteban De Gori, dir.

Nicolás Pagura, co-dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2019

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Lic. Sánchez Eduardo Nazareno

**AMÉRICA LATINA: DE LA MODERNIZACIÓN A LA DEPENDENCIA. DEBATES
Y TRANSFORMACIONES SOBRE EL CAPITALISMO, LA INDUSTRIALIZACIÓN,
EL DESARROLLISMO Y EL PERONISMO EN EL CAMPO INTELECTUAL Y
POLÍTICO DE LA IZQUIERDA ARGENTINA DESDE LA MIRADA DE
MILCÍADES PEÑA (C. 1955-1965).**

Tesis para optar por el título de Magister en Estudios Sociales Latinoamericanos

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Director: Dr. Esteban De Gori

Co-Director: Dr. Nicolás Pagura

Buenos Aires

2019

Resumen

América Latina constituye un objeto de estudio privilegiado para las ciencias sociales y económicas debido a que es el lugar donde los supuestos capitalistas se rompen ya que nunca logran concretarse. De esta manera, Latinoamérica fue el espacio privilegiado de las teorías de la dependencia que postulaban el principio de que no existía, ni existe, una modernización posible debido a que la situación de la región es resultado de la configuración capitalista impuesta que habrá de perpetuarse en tanto dicho sistema esté vigente.

En este sentido, el trabajo aquí presente se concentra, en primer lugar, en analizar cómo se produjo el quiebre entre el supuesto de la modernización hacia la dependencia; es decir, de qué manera se reconfiguró el universo intelectual y político que fue posible pensar una nueva alternativa para la región. En segundo lugar, enfatizaremos en un intelectual en particular, en Milcíades Peña, ya que consideramos que fue una figura disruptiva en el mapa local debido a sus críticas y debates con la mayoría de las corrientes intelectuales y políticas en los años sesenta en nuestro país.

Por último, la estructura de la tesis se ordenará en torno a, por un lado, estudiar los acontecimientos políticos e intelectuales con el fin de analizar las alteraciones producidas. Y, por el otro lado, los sucesos nacionales serán contrastados con otros de la región con el fin de comprender la relación, similitudes y diferencias entre nuestro país y el resto de América Latina.

Abstract

Latin America is an object of privileged study for the social and economic sciences because it is the place where the capitalist assumptions are broken because they never manage to materialize. In this way, Latin America was the privilege space of dependency theories that postulated the principle that there was not, nor does it exist, a possible modernization because the situation of the region is the result of the imposed capitalist configuration that will have to be perpetuated in the meantime.

In this sense, the present work concentrates, in the first place, on analyzing how the break between the assumptions of modernization towards dependency occurred; that is, in what way the intellectual and political universe was reconfigured that it was possible to think of a new alternative for the region. Secondly, we will focus on a particular intellectual, in

Milcíades Peña, since we consider that he was a disruptive figure in the local map due to his criticisms and debates with most of the intellectual and political currents in the 1960s in our country.

Finally, the structure of the thesis will be organized around, on the one hand, studying political and intellectual events in order to analyze the changes produced. And, on the other hand, national events will be contrasted with others in the region in order to understand the relationship, similarities and differences between our country and the rest of Latin America.

Índice.

Introducción, pp. 5-14.

I-Planteo del problema, p. 5.

II-Los orígenes de una visión, p. 7.

III-Historia intelectual y política en América Latina, p. 11.

IV-Conclusión, p. 14.

Capítulo I: Argentina y América Latina, los interrogantes inconclusos, pp. 15-29.

I-Hacia 1930 y el perfilamiento de los populismos latinoamericanos, p. 15.

II-Estudio de caso: El Plan Pinedo y los lineamientos de una industria (para ahora y para siempre) deficitaria, p. 17.

III-Los límites populistas y la emergencia desarrollista: el parteaguas argentino de 1955, p. 22.

IV-Conclusión, p. 29.

Capítulo II: América Latina y Argentina como objetos de estudio, pp. 30-42.

I-Renovación y objetividad, p. 30.

II-Populismo y modernización: el caso peronista, p. 32.

III-Los programas de desarrollo: soluciones teóricas para problemas prácticos, p. 36.

IV-Conclusión, p. 42.

Capítulo III: ¿Feudalismo o capitalismo? Esa es la cuestión, pp. 43-49.

I-Prolegómenos, p. 43.

II-Cuando el pasado se convierte en presente, p. 47.

Capítulo IV: La pesada herencia, pp. 50-61.

I-Pseudoindustrialización, p. 50.

II-El cierre de los caminos, p. 56.

III-Conclusión, p. 60.

Capítulo V: Peronismo y bonapartismo, pp. 62-75.

I-Los albores del peronismo, p. 62.

II-La reconfiguración del peronismo en el escenario argentino, p. 64.

III-El peronismo y los límites bonapartistas, p. 66.

IV-El peronismo y las masas ¿revolucionarias?, p. 72.

V-Conclusión, p. 74.

VI: Conclusión: De dónde venimos y hacia dónde vamos, pp. 76-77.

VII: Bibliografía y fuentes, pp. 78-84.

Introducción

I-Planteo del problema

La caída del muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la Unión Soviética un par de años más tarde, fueron los sucesos que marcaron el denominado *fin de la historia* porque, por primera vez, después de casi dos siglos, el capitalismo había convalidado sus virtudes en oposición a las falencias del socialismo, realmente existente cabe agregar (HOBSBAWN, 2010: 552). En este sentido, el triunfo inexorable de la burguesía, la democracia parlamentaria y de la economía de libre mercado se convirtieron en los únicos, y legítimos, parámetros del mundo occidental, dentro del cual se inserta América Latina, con Estados Unidos y parte de Europa a la cabeza; dejando de lado, de una vez y para siempre, en apariencia al menos, cualquier tentativa socialista, por lo cual, estaríamos presenciando no cualquier crisis del marxismo, sino su crisis última y final, tan agónica como inexorable (PALTÍ, 2010: 16). Empero, para algunos autores, debemos matizar esta afirmación debido a que tenemos que reparar en que hablamos de una crisis del marxismo que hace referencia a aquella augurada por Althusser en los años setentas; que en la actualidad se ha ampliado; es decir, un tipo de marxismo, para denominarlo de alguna manera (ROGGERONE, 2018: 75).

Ahora bien, dicha victoria no duró demasiado tiempo porque, a partir del nuevo milenio, empezaron a tomar consistencia, sobre todo en Latinoamérica, proyectos de carácter progresista y, en algunos casos, socialistas, dentro de un fenómeno más amplio denominado *socialismo del siglo XXI*,¹ que se convirtieron en la prueba de que era fiable lograr alternativas concretas a las supuestas certezas inquebrantables del capitalismo; más aún después de las consecuencias del neoliberalismo en nuestras latitudes y la fuerte crisis económica del 2008 que afectó a los países denominados “centrales” y que impulsó el desarrollo de movimientos políticos que rompieron con las raquíticas propuestas de las agrupaciones más tradicionales, por ejemplo, siendo uno de los casos más emblemáticos, el surgimiento de PODEMOS en España al calor de la crítica de los partidos hegemónicos en la escena local, como el Partido Popular y el Partido Socialista Obrero Español. Si bien en la actualidad muchas de estas experiencias políticas, en ambos lados del Atlántico, han quedado atrás o son víctima de importantes revisiones sobre su verdadero alcance y naturaleza, es indudable que son muestras que nos invitan a reflexionar en cuanto al marxismo como una forma de entender y pensar sobre nuestro entorno social actual e histórico; pero no debemos pensarlo

¹ Al respecto, véase Boron, Atilio A., *Socialismo del siglo XXI ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Buenos Aires, Luxemburg, 2008.

dogmáticamente, para denominarlo de alguna manera, sino que tenemos que leerlo al calor de la situación que estamos atravesando y en vistas de dejar en claro qué posibilidades nos ofrece para interpretar e intentar cambiar nuestra situación presente y futura, revalidando la expresión de Marx en sus tesis número XI sobre Feuerbach.

En el contexto que expusimos brevemente, una discusión que necesariamente ha de producirse es la que está relacionada con el lugar de América Latina y su papel histórico y futuro en el sistema capitalista debido a que, en primer lugar, ha sido, y sigue siendo, una de las regiones más paradigmáticas en relación al capitalismo ya que es un lugar donde se han quebrado las supuestas ventajas inexorables que el mismo se jactaba de ofrecer como la democracia, el desarrollo económico, las posibilidades de ascenso social, etc. Podríamos decir que estamos frente a un escenario que representa uno de los desafíos más estridentes para el sistema capitalista y que, como pretendemos demostrar a lo largo del trabajo, es la prueba que ha demostrado que el supuesto del desarrollo lineal e ininterrumpido no suele cumplirse, sino todo lo contrario, dando lugar a un nuevo enfoque que ha sido denominado “teoría de la dependencia” que plantea que aquellas regiones atrasadas están condenadas a mantenerse en dicha situación porque son parte de un esquema que beneficia a los países más avanzados. En este sentido, en segundo lugar, consideramos que exponer esos debates, con todo lo que ello implica, como conocer sus fundamentos, revelar sus supuestos, sus fisuras, y demás, es determinante para tener en claro cuáles son las potencialidades políticas de la región en vistas de superar las situaciones de desigualdad, exclusión, etc., que, más allá de las diferencias particulares, atañen a todo el subcontinente por igual.

En definitiva, si nos viéramos en la obligación de condensar en un interrogante la hipótesis y el objetivo del presente trabajo, sería el siguiente: *¿Cómo se produjo el quiebre, la transición del supuesto de la modernización a la dependencia en América Latina?* Pregunta que abordaremos desde un intelectual en particular, desde la mirada de Milcíades Peña ya que fue una de las figuras más disruptivas de la escena intelectual argentina de mediados del siglo pasado y sus estudios tuvieron, incluso mantienen en la actualidad, una proyección sumamente patente que vale la pena que sea valorada, hoy más que nunca.² Asimismo, hemos decidido tomar como referencia el marco argentino porque fue uno de los casos paradigmáticos de esa modernización siempre latente, pero trunca al mismo tiempo.

² En este sentido, la obra más destacada que aborda el pensamiento de Peña es la de Tarcus. Al respecto, véase Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.

Entonces, para empezar a introducirnos en el trabajo, una de las características más destacadas de la izquierda argentina del siglo XX fue su percepción sobre la práctica política, mucho más anclada en el viejo continente que en las condiciones locales, por ejemplo, siguiendo la lectura del socialismo argentino: “Hasta comienzos de los años treinta, el obstáculo para la evolución civil era la ‘política criolla’, conservadora o radical; ahora, el mal tenía la apariencia de un ‘movimiento tumultuario’ [el peronismo], según la expresión de *La Vanguardia*” (ALTAMIRANO, 2011: 21). Por lo tanto, en este orden de ideas, el problema era la política nacional en su totalidad ya que no seguía los parámetros mal llamados civilizados, en consecuencia, la solución debía encontrarse en una propuesta que tomará en cuenta otros fundamentos, como bien podría ser el caso de Europa Occidental con su incipiente economía y su sistema parlamentario. En resumidas cuentas, la cita nos da el pie para concentrarnos en el caso argentino porque es sumamente pertinente para estudiar la transformación intelectual que nos proponemos debido a que fue un campo caracterizado por una visión europeísta, lineal, progresiva, etc., que terminó por implosionar a mediados de la centuria pasada. Por lo tanto, antes que nada, debemos abordar cómo se pensaba la situación latinoamericana desde esa percepción más tradicional a la que hicimos referencia.

II-Los orígenes de una visión

La década de 1890 podemos pensarla como una bisagra en la historia argentina ya que se produjeron una serie de acontecimientos que moldearon la situación de los años venideros, entre ellos: la revolución del parque que contribuyó a la renuncia del entonces presidente Juárez Celman; la crisis económica del mismo año que marcó el inicio del “capitalismo puro” y con él entró en auge la verdadera lucha de clases (ACHA, 2009: 25); el nacimiento de un nuevo espacio político conocido como Unión Cívica que, más tarde derivó, al menos una parte, en la futura Unión Cívica Radical que habría de llegar al poder en 1916; la conformación del primer partido político moderno del país, el Partido Socialista, en 1896; entre otros hechos relevantes. El principal referente de dicho espacio fue el médico y político argentino, Juan B. Justo (además de haber sido el primer traductor al castellano de *El capital* en 1895), quien fue determinante en la proyección de su partido, la cual habría de ser hegemónica, aunque no la única, durante la primera mitad del siglo XX; en consecuencia, profundizaremos en algunos de sus supuestos ya que éstos fueron aquellos que se criticaron fuertemente en el contexto que analizaremos más adelante.

De acuerdo a las palabras de Justo, “Marchamos sin descanso por el camino de la Historia. La Humanidad está siempre en vías de crecimiento y transformación. Puede algún

pueblo aletargarse en la vida social, pero, dentro de él mismo o en otra parte, están ya acumulándose, latentes, las fuerzas que han de sacudirlo e impulsarlo” (JUSTO, 1969: 5). Siguiendo al pie de la letra la lectura del político argentino, la marcha de la historia aparece como algo inevitable debido a que tarde o temprano habría de incluir a todas las regiones del globo, entre ellas Argentina y América Latina, por lo tanto, de una manera u otra, todos seríamos testigos de los beneficios del capitalismo y, a posterior, con mayor o menos celeridad, del socialismo, siempre siguiendo la proyección lineal.

Esta interpretación se desprende de dos influencias en conjunto: en primer lugar, el revisionismo socialista europeo encabezado por Bernstein en la Socialdemocracia alemana de principios del siglo pasado que, dentro de otras tantas características, puso el foco en la participación parlamentaria como un elemento de acción en la agenda de cualquier partido socialista ya que, de acuerdo al autor, el movimiento obrero habría alcanzado una gravitación enorme y, en consecuencia, debía tener en cuenta todos los instrumentos a su alcance para mejorar las condiciones materiales de los sectores trabajadores (BERNSTEIN, 1982: 5). Ahora bien, ese sesgo oportunista resulta inentendible si no se tienen en cuenta las transformaciones económicas del período, por ejemplo, el surgimiento de los monopolios, que hacían evidente los drásticos cambios que atravesaba el sistema capitalista que, años más tarde, fueron conceptualizados como la expresión de las contradicciones ineludibles del sistema (BERNSTEIN, 1982: 16). En el caso de Juan B. Justo, se percibe una lectura similar debido a que propuso que, si bien los cambios en proceso no podían detenerse, la única vía por la cual optar sostenía que algunos elementos de ese capitalismo podían ser utilizados en beneficio de los trabajadores, por ejemplo, que la cooperación forzosa, resultado del nivel de desarrollo capitalista, se convirtiera en una forma de solidaridad entre los asalariados (JUSTO, 1969: 405).

En definitiva, la disyuntiva socialista de finales del siglo XIX e inicios del XX estribaba en, por un lado, lograr un modo de producción superior al capitalista y, por el otro lado, aprovechar las ventajas que éste ofrecía. Dicha discusión podemos resumirla de la siguiente manera:

A partir de esto hay que distinguir dos tendencias fundamentales en el campo socialista: los unos que intentan reorganizar el estado actual según determinados principios para utilizarlo como palanca para la reforma social hasta que alcance finalmente su carácter

plenamente socialista, mientras que los otros intentan suprimir completamente al estado, disolverlo en una serie de comunidades absolutamente independientes o de grupos libres a los que les esté reservado a elección el organizarse o federarse según su capricho o sus necesidades (BERNSTEIN, 1982: 40).

Justo se volcaría por la primera de estas orientaciones, en un contexto donde el anarquismo había logrado un gran alcance en los sectores trabajadores, con el foco en la acción parlamentaria, entendida, en última instancia, como un elemento imprescindible para la consecución del socialismo porque “Para limitar la explotación del hombre por el hombre, para cortar las uñas al gran capital impidiéndole operar en secreto, para defender el medio físico-biológico contra el acaparamiento, para imponer a todos obligaciones de higiene y educación, las nuevas leyes no operan por simple persuasión; la sanción penal las acompaña” (JUSTO, 1969: 493). De acuerdo al político argentino, la intervención estatal resultaba ser un instrumento determinante en la tarea de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Dicho en otras palabras, debía utilizarse el Estado debido a que la principal tarea del partido, siguiendo el modelo de la Socialdemocracia en Alemania, “[...] es organizar políticamente a la clase obrera y formarla para la democracia y la lucha en el estado por todas las reformas conducentes a elevar a la clase obrera y a transformar al estado en el sentido de la democracia” (BERNSTEIN, 1982: 72). La lucha por el socialismo sólo era viable en la medida en que se tuvieran en consideración las mejoras en las condiciones de vida de la clase obrera y no en supeditar cualquier progreso, por mínimo que pareciera, a una lucha futura cuyo resultado era totalmente incierto.

La segunda influencia o proceso en el cual debemos enmarcar la lectura de Juan B. Justo tiene que ver con una problemática más amplia relacionada con la estructuración entre los procesos locales y la adecuación de las ideas, teorías, etc., surgidas en contextos distintos, principalmente en Europa, con nuestra región. En este sentido, una de las discusiones más relevantes estuvo en la adopción y realización del liberalismo en América Latina; por ejemplo, siguiendo la lectura de José Luis Romero, profuso militante de la agrupación encabezada por Justo, el tránsito de siglo argentino se caracterizó por la primacía del *liberalismo conservador* (ROMERO, 2010: 189); momento en el cual la elite, que había dirigido los destinos del país en los decenios anteriores, empezó a cerrarse sobre sí misma con la intención de mantener las posiciones de dominio frente a las presiones sociales de los sectores urbanos que reclamaban mayor participación. Si entendemos que el liberalismo, en

una acepción más básica, se basa en asegurar un marco que permita el pleno desarrollo individual, en el caso nacional, estaríamos en presencia de un oxímoron ya que los grupos conservadores se abogaban una ideología que no cumplían. Más aún si tenemos presente que los sectores de poder en Argentina basaban una parte para nada despreciable de su influencia en el control de la tierra y con ella incidían en el precio de los alimentos que integraban la mayor parte de los gastos de los obreros. De allí se sigue la defensa socialista del librecambismo ya que contribuiría a reducir el precio de los productos alimenticios. En consecuencia, el problema estribaba en cómo adecuar ideas foráneas al contexto regional que, en la mayoría de los casos, no presentaba una posibilidad fácil de realizar.

Teniendo en cuenta las particularidades de Juan B. Justo, podemos apreciar que tiene un claro sesgo progresivo sobre el futuro de la historia y la política nacionales, dentro de las cuales el proletariado sería el principal protagonista debido a que la burguesía, más temprano que tarde, cumpliría su papel histórico, dándole la iniciativa a la clase obrera, entendiendo que existían una gran cantidad de mecanismos que aseguran su participación en los asuntos de gobierno, sobre todo la extensión del sufragio (JUSTO, 1969: 457); es decir, estamos en presencia de una visión típicamente modernizadora porque supone un sendero progresivo y lineal en el tiempo más allá de ciertas observaciones que nunca se desplazaron de ese plano evolutivo.³ El problema con este tipo de interpretaciones fue la nacionalización del socialismo, en términos de Acha, de comprender las dificultades específicas de la región, de erigir un socialismo adecuado a las necesidades locales (ACHA 2009: 29). Lo cual no sería extraño si entendemos, en un sentido más amplio, que la modernidad se basa en la expansión del capitalismo en todos sus sentidos,⁴ por lo tanto, la cuestión a desentrañar estaría en comprender cómo se produjo la inserción de Argentina y de América Latina a dicho fenómeno, dado que, como apreciaremos a continuación, no tuvo la misma suerte nuestra región que el resto del mundo. Problema que fue abordado, principalmente, por los intelectuales, como los protagonistas en el entendimiento y el tratamiento de este tipo de cuestiones.

³ No obstante, debemos aclarar, tomando como referencia la lectura de Aricó, que la historia del marxismo en América Latina debe leerse bajo la lupa de las formulaciones teóricas y cuestiones prácticas que se fueron suscitando en la región, por lo tanto, las modificaciones y alteraciones en dicho cuerpo de ideas (ARICÓ, 1999: 22). En este sentido, uno de los problemas más estridentes de los socialistas en esta parte del globo fue la inexistencia de actores sociales como los que sí había en Europa, en consecuencia, no es extraño que algunos pensadores hayan tomado como referencia otros grupos sociales, como los arrendatarios de la denominada Pampa gringa para (JUSTO, 1969: 47)

⁴ Sobre esta cuestión, véase Raffin, Marcelo, “La modernidad como problema”, en Marcelo Raffin (comp.), *Problemas en clave transdisciplinaria*, Buenos Aires, Proyecto editorial, 2006.

III-Historia intelectual y política en América Latina

Cuando hablamos de historia intelectual nos referimos a un campo de estudios muy particular, con sus más variadas acepciones, pero en este caso tomaremos la definición de Altamirano, según la cual “No creo que el objeto de la historia intelectual sea restablecer la marcha de las ideas imperturbables a través del tiempo. Por el contrario, debe seguirlas y analizarlas en los conflictos y los debates, en las perturbaciones y los cambios de sentido que les hace sufrir su paso por la historia” (ALTAMIRANO, 2005: 11). Lo relevante de este tipo de planteo historiográfico versa en el énfasis en apreciar las continuidades y las transformaciones en el mundo de las ideas, particularmente prestando atención a las coyunturas políticas en las que se difundieron y discutieron ciertos principios que se consideraban irrevocables y terminaron siendo refutados por parte de aquellas figuras destacadas en el escenario intelectual ya que contaban con un acervo de ideas que legitimaban su posición social y su condición para debatir sobre ciertos temas. Dada esta última particularidad, habremos de concentrarnos en la figura del *intelectual público*, aquel que no se concibe al margen del entramado social del cual forma parte y que, en consecuencia, gracias a su competencia en alguna disciplina, busca animar las discusiones que forman parte de la vida en comunidad que él mismo integra (ALTAMIRANO, 2013: 11). De esta definición nos interesa destacar dos puntos: antes que nada, podemos hacer uso de una cualidad muy particular que consiste en ser “Contradictor del poder, perturbador del statu quo, su papel es el de *francotirador*: plantea cuestiones incómodas para los gobernantes, desafía las ortodoxias religiosas e ideológicas de su sociedad y su espíritu indócil no se deja domesticar por las instituciones” (ALTAMIRANO, 2013: 48). En este sentido, entendemos que la denominación del *intelectual público* es indisociable de su actividad como *francotirador*, por lo tanto, son dos definiciones fuertemente relacionadas que comparten el hecho de poner de manifiesto las discusiones que atraviesan el entramado ideológico que conforma un determinado agrupamiento humano.

Por otra parte, en relación al marxismo más específicamente, el papel de los intelectuales se complejiza todavía más debido a que, si tenemos en cuenta que la intención primordial de dicho espacio es la praxis en vistas de la consecución de un determinado objetivo político claramente delimitado, las acciones de los intelectuales son centrales ya que, retomando un axioma clásico, “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante” (ENGELS Y MARX, 1968:

48). En esta dirección, la participación de los intelectuales resulta imprescindible en vistas de lograr la conquista del poder desbaratando los distintos mecanismos de dominación de la burguesía. De una manera u otra, todas estas caracterizaciones tienen en común el principio del *intelectual comprometido*, aquel que se encuentra identificado con sus intervenciones en vistas de lograr una meta en particular que considera indispensable para el futuro de la sociedad que integra. Además, hacemos uso de una idea que excede a los intelectuales del mundo académico o universitario porque también debemos considerar las invenciones de aquellos pensadores que se encuentran por fuera de los ámbitos mencionados (Bourdieu, 1993: 38).

Ahora bien, en América Latina el papel de los intelectuales tuvo un rol protagónico en relación al estudio y el derrotero de la región debido a que una de las incógnitas más destacadas, la cual busca tener una respuesta científica, está relacionada con desentrañar cuáles fueron, y son, las causas que hacen que Latinoamérica se mantenga en un camino distinto, el cual puede tener más de una definición, al que siguió Europa y Estados Unidos, entendidos como los paradigmas del desarrollo en su acepción más amplia (ALTAMIRANO, 2005: 23). Si nos remitimos al escenario argentino hacia mediados del siglo XX se presentó un quiebre en relación a la problemática mencionada porque fue un parteaguas sobre el vínculo que Argentina tenía con el resto de los países latinoamericanos debido a que los procesos y las incógnitas que estaban atravesando eran similares, por ejemplo, cómo lograr la canalización institucional de la mayoría de la población que había quedado al margen del sistema imperante, en el caso argentino, la proscripción del peronismo dará cuenta de esta cuestión; mientras que en Bolivia y Cuba, la salida revolucionaria, con alguna que otra diferencia, fue la forma en la cual los grupos más importantes de la población lograron que sus demandas sean escuchadas. Dicho en otros términos, Argentina y América Latina parecían alejarse cada vez más del camino del desarrollo, valga la redundancia, al mismo tiempo que se consolidaban en la suerte dispar del atraso latinoamericano.

Empero, para apreciar históricamente estos debates e intervenciones, debemos tener en cuenta que los mismos sólo son inteligibles si tenemos presente el contexto, las situaciones concretas en las que los intelectuales intercedieron porque, de otra manera, estaríamos asistiendo un análisis sin ningún tipo de rigurosidad histórica y con el peligro de caer en anacronismo y prolepsis. Como ha señalado Giletta:

A modo de principio metodológico y teórico, creemos que las ideas no son solamente productos de una imaginación creadora: también constituyen, en buena parte, consecuencias de un clima intelectual y de un medio social históricamente concretos, en el que los creadores de ideas tienen una posición y una trayectoria específica, dentro del mundo específicamente intelectual y dentro de la organización social en general (GILETTA, 2013: 22).

Todas las problemáticas intelectuales deben pensarse en la situación histórica en la que tuvieron lugar; lo cual no debe entenderse como una relación automática y determinista del contexto sobre las ideas, sino de interacción entre la esfera del pensamiento, de las ideas y del entorno social ya que toda operación intelectual es resultado de las consideraciones que existen sobre el entorno político, cultural, social, etc., en el que se encuentran los pensadores que teorizan sobre alguna problemática en particular en vistas de transformar la realidad con la que están disconformes (GILETTA, 2013: 23).⁵ Justamente,

Los productores culturales [intelectuales] tienen un poder específico, el poder propiamente simbólico de hacer ver y de hacer creer, de llevar a la luz, al estado explícito, objetivado, experiencias más o menos confusas, imprecisas, no formuladas, hasta informulables, del mundo natural y del mundo social, y de ese modo, de hacerlas existir (Bourdieu, 1993: 148).

La labor de los pensadores radica en desentrañar, en sacar a la luz aquellas problemáticas complejas que competen a nuestra vida en conjunto. Sin embargo, esa búsqueda de acción puede llevar a una contradicción entre la radicalización de la teorías que ya no deja lugar a la práctica (Jay, 1991); esto fue lo que sucedió con Peña ya que mantuvo su línea teórica en detrimento de la acción política.

IV-Conclusión

⁵ En este sentido, una de las obras que abordaremos más adelante es el trabajo de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, el cual puede pensarse en esta dirección debido a que es un trabajo con un fuerte componente generacional, para denominarlo de alguna manera, ya que las problemáticas abordadas por el autor están fuertemente marcadas por su percepción personal al haber sido protagonista de distintos acontecimientos que son reunidos en el libro. Un enfoque similar al de Giletta, podemos encontrarlo en la perspectiva de Bourdieu sobre la relación entre objetivismo y subjetivismo en las ciencias sociales (Bourdieu, 1993).

Dentro de todas las precisiones que abordamos en este breve apartado, una de las más importantes es aquella que sostiene el vínculo entre los pensadores y su situación histórica, por lo tanto, a continuación, en el primer capítulo, nos concentraremos en conocer las causas y las consecuencias de las modificaciones políticas, sociales, económicas, etc., que tuvieron lugar en Argentina y en América Latina entre la década de 1930 y la de 1950 ya que los cambios operados en estos años resultaron determinantes debido a que dieron lugar a modificaciones estridentes que fueron las que intentaron responder los intelectuales del período, entre ellos, el mismo Peña. Una vez dilucidado el escenario, podremos concentrarnos en las distintas reflexiones y discusiones sobre esas modificaciones en marcha.

Capítulo I: Argentina y América Latina, los interrogantes inconclusos

I-Hacia 1930 y el perfilamiento de los populismos latinoamericanos

Las primeras tres décadas del siglo pasado significaron para América Latina la culminación y cúspide del *pacto neocolonial* que, de acuerdo a las palabras de Halperin Donghi, transformó “[...] a Latinoamérica en productora de materias primas para los centros de la nueva economía industrial, a la vez que de artículos de consumo alimenticio en las áreas metropolitanas; [y] la hace consumidora de la producción industrial de esas áreas [...]” (HALPERIN DONGHI, 2010: 222). Antes que nada, esta estructuración económica fue viable debido a las transformaciones que atravesaba el capitalismo a nivel global que se encontraba saliendo de su primera gran crisis ocasionada en 1873; dentro de sus consecuencias podemos mencionar: en primer lugar, el fin del liberalismo a ultranza porque empezaron a aplicarse políticas proteccionistas, no desconocidas, pero sí poco contempladas hasta el momento, para responder a la nueva situación que había contraído el comercio internacional (HOBSBAWN, 2009: 47). En segundo lugar, empezaban a tomar consistencia, debido a la creciente competitividad y demandas, los futuros monopolios en los países más avanzados industrialmente (HOBSBAWN, 2009: 51). En tercer lugar, relacionado con el punto anterior, las innovaciones tecnológicas se convirtieron en una pieza fundamental para asegurar el predominio económico. En cuarto lugar, “[...] el período que estudiamos es una era en que aparece un nuevo tipo de imperio, el imperio colonial” (HOBSBAWN, 2009: 66); es decir, las economías más desarrolladas empezaron un proceso de expansión a todo el globo con el objetivo de mejorar sus ganancias, conquistar nuevos mercados, obtener nuevas fuentes de materias primas, entre otros beneficios. Dentro de estas modificaciones, el lugar de América Latina fue determinante ya que era una región necesaria por la gran cantidad de materias primas que era capaz de aportar a las economías centrales y debido a que era un mercado factible para los países exportadores de bienes elaborados. Esto no quiere decir que toda la población americana tenía posibilidad de comprar productos fabricados en el extranjero, ni mejorar su condición de vida, pero las clases dominantes autóctonas sí lograron un gran potencial de consumo.

Esta prosperidad económica, para denominarla de alguna forma, fue conducente con la estabilización política de la región. Podemos tomar como ejemplo uno de los lemas más difundidos del período en el cono sur: *Orden y progreso*, como una muestra de aquellos gobiernos que amparados en los beneficios económicos se jactaban de haber logrado el equilibrio en sus países (el gobierno de Roca en Argentina, el de Porfirio Díaz en México, los

primeros gobiernos republicanos en Brasil tras la caída del Imperio, son algunos de los ejemplos más destacados). No obstante ello, empezaba a tomar consistencia un problema que, inicialmente al menos, no encontró una respuesta conducente y, dicha irresolución, tuvo su expresión más violenta apenas unas décadas más adelante: ¿qué hacer con las masas, con la mayoría de la población? ¿qué lugar debían ocupar en el orden que se estaba consolidando, si es que lo tenían? Terán resume el problema de la siguiente manera:

Ésta [problemática, la de las masas] agrupa varias cuestiones: social, nacional, política e inmigratoria. Social, por los desafíos que planteaba el mundo del trabajo urbano. Nacional, ante el proceso de construcción de una identidad colectiva. Política, frente a la pregunta acerca de qué lugar asignarles a las masas en el interior de la “república posible”, esto es, la cuestión de la democracia. E inmigratoria, porque todos estos problemas se encontraron refractados y crispados en escala ampliada en torno de la excepcional incorporación de extranjeros a la sociedad argentina (TERÁN, 2012: 111).

Lo que nos interesa resaltar de la cita es que los problemas mencionados, más allá de cualquier atisbo de solución, nos permiten pensar, en primer lugar, el ascenso del radicalismo como la expresión de una parte de esos grupos mayoritarios. En segundo lugar, debemos considerar que la economía argentina era muy frágil respecto de las alteraciones mundiales ya que el país tenía una carga de divisas fija todos los años, como resultado de los empréstitos, por lo tanto, frente a cualquier alteración, lo que estaba en juego era la capacidad de responder a las deudas contraídas. Empero, “Cabe destacar que quienes proveían las divisas eran, en rigor, unas pocas firmas cerealistas y los frigoríficos” (O’CONNELL, 1984: 9), en consecuencia, cuando dichas actividades mermaron al caer los precios internacionales y se redujo el volumen de los productos que exportaban, por consiguiente, cayó la generación de divisas para afrontar los gastos de la cuenta corriente y las dificultades no se hicieron esperar (O’CONNELL, 1984: 13).

Frente a la situación que describimos brevemente, una de las transformaciones que empezó a tener lugar en la economía fue un incipiente desarrollo industrial como resultado de un proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), que tuvo lugar en la mayoría de los países latinoamericanos, en algunos con mayor celeridad que otros,

particularmente en Argentina, Brasil y México.⁶ Ahora bien, de una manera u otra, lo que empezó a tener cada vez mayor trascendencia en el campo político y económico nacional fue el lugar indiscutible que empezaba a ocupar la industria, junto con otras cuestiones, como la intervención del Estado en materia económica. Aspectos que, en primer lugar, de una forma u otra, sólo se acentuarían con el tiempo y, en segundo lugar, denotaban que los principios políticos y económicos que parecían estar sólidamente asentados previo a 1930 ya empezaban a estar cada vez más alejados y a ser altamente cuestionados.

En definitiva, lo que debemos resaltar es la importancia que empezó a adquirir la industria a nivel nacional, la cual, entendemos, primero, que desde su inicio reforzó la fragilidad del país respecto de los sectores externos, pero en una nueva configuración que, décadas más tarde, fue develada por algunos intelectuales; y, segundo, era la industria el tipo de actividad económica que parecía ser el motor de un incipiente desarrollo económico dado las fragilidades de las agroexportadoras. En esta dirección, nuestra primera tarea consiste en exponer algunos de los puntos de discusión que fueron centrales en las políticas industriales, por ejemplo, el denominado Plan Pinedo.

II-Estudio de caso: el Plan Pinedo y los lineamientos de una industria (por ahora y para siempre) dependiente

El Plan Pinedo fue lanzado en 1940 y respondía a las transformaciones que mencionamos, las cuales se agudizaron con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la imposibilidad definitiva de retrotraer la economía internacional a la situación previa a 1929. Ahora bien, ¿por qué es relevante dicho programa? Porque

[...] tiene el significado especial de ser el primer documento del Estado en el que se considera la posibilidad de modificar parcialmente la estrategia de desarrollo económico vigente. A tal fin el programa procura conciliar la industrialización con la economía abierta, fomentar las relaciones comerciales de la Argentina con los Estados Unidos y con los países limítrofes y crear un mercado de capitales (LLACH, 1984: 517).

⁶ Es importante tener en cuenta que sobre los orígenes de la industrialización en Argentina existe un debate, relativamente zanjado, en torno a los inicios de dicho proceso ya que, por un lado, la primera de las posturas sostiene una visión exponencial de la industrialización a partir de la crisis del 30'; mientras que, por el otro lado, esta aquella que tiene en cuenta una industrialización más longeva y progresiva que fue previa al salto producido en 1930. Al respecto, véase Villanueva, Javier, "El origen de la industrialización argentina", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XII, N° 47, 1972, pp. 1-24.

Frente a las nuevas demandas, los lineamientos de las modificaciones fueron los siguientes: en primer lugar, se le dio mayor importancia al Banco Central, de reciente creación, como un actor relevante para intervenir en la economía a través de, por ejemplo, los controles de cambio; en segundo lugar, se enfatizó en la vinculación de Argentina con Estados Unidos, no sólo porque estaba en ascenso y se perfilaba como la próxima economía hegemónica en Occidente, sino también por la incipiente demanda de bienes de capital que eran elaborados por dicho país; en tercer lugar, el fomento de la industria, basado en diversificar e industrializar las exportaciones, siempre asociada a la reorganización de los mercados internacionales y el perfil de una economía abierta (LLACH, 1984: 525). En cuarto lugar, no menos importante, incluso desde los sectores más conservadores, empezó a ser cada vez más relevante la orientación nacionalista que se trasladó a más de un plano, entre ellos, la política económica.⁷ Por ejemplo, como veremos más adelante, el Pacto Roca-Runciman entre Argentina e Inglaterra fue criticado por ofender los intereses nacionales, de acuerdo a la acusación de Lisandro de la Torre, particularmente porque nunca habían sido claras las condiciones de negociación que terminaron por favorecer al país europeo, como tampoco el Estado argentino había actuado en contra de los monopolios británicos asentados en el país que abusaban de su posición dominante (DE LA TORRE, 1952: 50-68).

Los parámetros esbozados fueron importantes tanto por la coyuntura en la que se produjeron, como así también por los debates a futuro. Por eso, como ha señalado Portantiero, “En esos años [los 30’] se definen las características fundamentales del crecimiento industrial, se estructuran los mecanismos para la intervención del estado sobre el mercado, crece impetuosamente la clase obrera industrial” (PORTANTIERO, 1987: 14). Si bien es innegable la profundidad de las transformaciones, debemos traer a colación dos observaciones: en primer lugar, el programa mencionado fue ideado por la clase dominante que obtenía la mayoría de sus beneficios de las actividades agroexportadoras, en consecuencia, bajo ningún punto de vista se consideró alterar la base de la estructura económica, sino auxiliarla con otros elementos; en este sentido, las medidas tomadas sólo eran pensadas como una manera de auxiliar a las actividades primarias, pero bajo ningún punto de vista se intentaba alterar el eje agroexportador. En segundo lugar, desprendido del punto anterior, podríamos pensar que las mismas condiciones en las cuales se llevó adelante la industrialización en el país y en la región, hizo que se presenté desde el inicio una industria deficitaria respecto de las posibilidades que tenía para convertirse en el epicentro dinámico de la economía; por

⁷ Para el caso argentino, podemos mencionar a Leopoldo Lugones como el principal exponente del incipiente nacionalismo. Al respecto, véase, Lugones, Leopoldo, *Antología poética*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1965.

ejemplo, la ausencia de un programa que contemple las posibilidades de una industrialización pesada, problema que estará presente de ahora en adelante en el centro de los dilemas sobre la industria en Argentina.

Algunos de los elementos de política económica mencionados fueron profundizados por los distintos gobiernos del continente, como el caso de Cárdenas en México hacia fines de la década de 1930 y la nacionalización del petróleo, la experiencia de Vargas en Brasil y la reorganización del Estado unos años después y, para el caso argentino, con el gobierno militar que tomó el poder en 1943, con la profundización de la industrialización en base a las demandas de seguridad nacional y embebidas en un discurso nacionalista, casi autárquico en algunos puntos, y la consolidación de la intervención estatal, tanto en materia económica como social (LLACH, 1984: 539). Para nuestro tema, muchos de los elementos resaltados fueron los que marcaron la política económica del peronismo, momento en el cual explotaron las discusiones y las transformaciones que estamos tratando, por lo tanto, ésta no surgió de la nada, más allá de que contaba con ciertas novedades como la búsqueda de la independencia económica y la soberanía política, el rol del Estado en la economía y, especialmente, la distribución del ingreso hacia el sector proletario, en consecuencia, lo que se produjo fue, retomando los términos de Torre y Pastoriza, *la democratización del bienestar* (TORRE Y PASTORIZA, 2002: 257). Sin alterar en profundidad los parámetros económicos establecidos, pero sí generando un gran resquemor y malestar en los sectores más acomodados de la sociedad que veían amenazada su posición frente al ascenso de los sectores populares, una amenaza, cabe agregar, que enfatizaba más en lo simbólico que en lo concreto porque, como mencionamos, las bases de la economía no se habían alterado. En este sentido, podemos conceptualizar el origen del peronismo como un espacio político que le dio entidad a los sectores sociales que no tenían resonancia en el sistema y que, a partir de la llegada de Perón al poder, pudieron canalizar y satisfacer parte de sus demandas económicas y sociales, en tanto que los márgenes económicos facilitaron las posibilidades para la retribución de los ingresos. En parte, en este punto se encuentran algunos de los argumentos centrales de las primeras interpretaciones académicas sobre el peronismo:

El “autoritarismo” de los movimientos populistas latinoamericanos, concretamente del “peronismo” y del “varguismo”, sería función del proceso de rápida industrialización posterior a 1930 [la industrialización por sustitución de importaciones], el que tiene lugar mientras las clases trabajadoras están relativamente mal organizadas en sindicatos y

partidos y en las poblaciones rurales existen todavía reductos de conservadurismo tradicional (MURMIS Y PORTANTIERO, 2004: 114).

Esta lectura, en la cual ahondaremos más adelante, tuvo como principal referente a Gino Germani, impulsor de la sociología en Argentina y creador de dicha carrera en la Universidad de Buenos Aires en el año 1957, quien entendió que el ascenso del peronismo, y otros movimientos similares en la región, fue el resultado de los vertiginosos cambios económicos, políticos y sociales que atravesaba la sociedad desde la década de 1930, donde la inadecuación de las instituciones tradicionales fue la que dio fuerza a este tipo de movimiento político; asimismo no debemos dejar de lado la relevancia otorgada al papel del líder como demagogo y manipulador de los sectores mayoritarios (MURMIS Y PORTANTIERO, 2004: 126).

Dentro de los cambios mencionados, hubo un proceso que empezó a adquirir una trascendencia inusitada: la reconfiguración de la clase trabajadora, la cual pasó a estar integrada en su mayoría por migrantes internos, sin, teóricamente, demasiada experiencia política ni sindical porque no se habían desempeñado en el ámbito urbano-fabril; aspecto resumido brillantemente por Germani: “El componente ‘criollo’ de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo: el ‘cabecita negra’, *que a su vez fue sinónimo de peronista*” (GERMANI, 1980: 126). El eje de la argumentación se encuentra en que se produjo un cambio radical en la conformación de la clase obrera que tuvo su correspondiente derivación política con el peronismo que terminó desplazando a la corriente liberal-socialista más tradicional. Aquí debemos hacer un alto para destacar cómo empezó a hacer mella la vinculación de los procesos que tenían lugar en Argentina con la de otros países latinoamericanos por medio del concepto *populismo*. Antes que nada, la idea de populismo ha sido asociada, desde la tradición de la filosofía política, a un fenómeno peligroso en el sentido de que excedía los límites de una comunidad racional y, por derivación, no respetaba los parámetros institucionales vigentes (LACLAU, 2015: 10). En segundo lugar, y por dicha razón, el populismo ha sido relegado del ámbito político e intelectual de forma adrede (LACLAU, 2010: 34). En ambos casos, lo que está de fondo es que las condiciones latinoamericanas decantaron en dicho fenómeno como resultado de los cambios locales y la alejaron cada vez más de los parámetros civilizados.

Empero, la interpretación de Germani, fue cuestionada por otros enfoques que sostienen que existió más continuidad que ruptura en la llegada del peronismo al poder porque, primero, muchos de los obreros que provenían del interior del país ya contaban con alguna que otra experiencia sindical (KORZENIEWICZ, 1991). Segundo, hubo una participación para nada despreciable de las agrupaciones sindicales vigentes en el armado primario del peronismo ya que, entre otros motivos, en Argentina predominaba una fuerte tendencia sindicalista que privilegiaba las relaciones con el Estado por encima de las identificaciones políticas (MURMIS Y PORTANTIERO, 2004: 159).⁸ Tercero, “El vuelco final de las corrientes mayoritarias del sindicalismo hacia el peronismo, que tuvo lugar en octubre de 1945, se precipita, como había sucedido en el mes de julio, como reacción obrera frente a una ofensiva contra sus conquistas reivindicativas por parte de los grupos de grandes propietarios industriales, agrícolas y comerciales (MURMIS Y PORTANTIERO, 2004: 162)”. Es decir, el miedo a una presunta ofensiva patronal fue determinante en que la mayoría de los sindicatos apoyasen al movimiento que estaba surgiendo, por eso, “La multitud se decidió a actuar ese 17 de octubre con un objetivo preciso: defender las conquistas obtenidas en los meses anteriores contra la reacción patronal que se veía venir [...] Perón representaba la dignidad recobrada; su caída, la amenaza de volver a perderla” (ADAMOVSKY, 2012: 172). De una forma u otra, 1945 representó un punto de no retorno para la política nacional porque se dirimió el equilibrio de fuerzas entre distintos actores sociales y dio lugar a una nueva configuración económica, que entraría en crisis casi 30 años después.

Todo este breve derrotero que expusimos es pertinente para pensar que el ascenso de este tipo de movimientos representa a una sociedad desarticulada debido a que se había producido un claro cortocircuito entre la sociedad civil y las instituciones, el cual, para el caso argentino, podemos rastrearlo en la apertura democrática de las primeras décadas del siglo XX porque, si bien con el ascenso del radicalismo el poder ejecutivo pasó a ser controlado por un espacio mayoritario, los sectores más conservadores mantuvieron el dominio sobre el Congreso y otros resortes estatales (ANSALDI, 2000: 18). En consecuencia, en primer lugar, cobró impulso una cierta *cultura política golpista* debido a que las corporaciones, cuyos representantes solían ocupar los estrados del Congreso, le dieron forma a una tendencia basada en que la expulsión de la arena política era la única vía para resolver conflictos

⁸ Además del trabajo de Murmis y Portantiero, podemos citar a Juan Carlos Torre como otra lectura obligada para pensar el ascenso, del peronismo y sus vínculos con las instituciones y actores vigentes. Al respecto véase, Torre, Juan Carlos, “Reinterpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 18, 1989, pp. 525-548.

(ANSALDI, 2000: 41). Y, en segundo lugar, en cuanto a los sectores populares, se acrecentó el predominio de la corriente sindical ya que los beneficios que se podían obtener eran resultado de su vinculación con el Estado, en detrimento de programas más parlamentarios, como los del Partido Socialista, u otras propuestas más combativas; al mismo tiempo que las agrupaciones sindicales favorecieron la articulación del espacio político que llevó a Perón al poder ya que éste no contaba con una base organizativa propia, más allá del apoyo de algunos radicales y cierta parte del Ejército (TORRE, 1990: 154 y 211). Ahora bien, esa dependencia inicial, para llamarla de alguna manera, fue socavada por el mismo Perón, ya desde el gobierno, porque empezó a controlar los recursos y mecanismos, como la representación jurídica de los sindicatos, que contribuyeron a doblegar la autonomía con la que contaban y terminaron subsumidos al Estado. Una situación similar, en el sentido de que dejó de lado las instituciones tradicionales, se había producido en el caso de Brasil debido a que la llegada de Vargas a la primera magistratura suprimió el Congreso, asumió los poderes legislativo y ejecutivo, nombró interventores federales, contó con el apoyo del ejército, entre otras medidas (FAUSTO, 2003: 166 Y 168).

En definitiva, para clausurar el apartado, nuestro objetivo estuvo en dilucidar algunos debates relacionados con el ascenso de los nuevos movimientos políticos en la región, entre ellos el peronismo, porque marcaron el ritmo de la política y la economía y fueron parte del contexto en el cual reflexionó Peña sobre las características y legados que habían dejado dichos procesos. En esta dirección, para la situación nacional, lo más destacado es el hecho de entender que el peronismo fue la expresión de una sociedad que había encontrado su correspondencia en dicho espacio político, por eso, como ha sintetizado de gran manera Halperin Donghi, “[...] el peronismo va a ser desde su origen expresión política de una sociedad transformada” (HALPERIN DONGHI, 2006: 17). Justamente, su persistencia en el tiempo y el impacto de su crisis definitiva, por lo menos en la forma en la que se conoció en la mitad del siglo XX. Ahora veamos cuáles fueron las consecuencias y las proyecciones de las transformaciones que mencionamos, para Argentina y la región.

III-Los límites populistas y la emergencia desarrollista: el parteaguas argentino de 1955

El peronismo había dejado en marcha más de un proceso al momento en el que fue destituido por un golpe de Estado, pero, más que nada, no había logrado diseñar algún mecanismo, dentro del orden constitucional, que sirviera para que los sectores sociales en conflicto, pudieran resolver sus contradicciones dentro de un marco normativo (NOVARO, 2010: 15); situación que se retroalimenta con la lógica corporativa que mencionamos más

arriba ya que los grupos que tenían la posibilidad de incidir mediante otros organismos estatales y no estatales, lo hacían sin ninguna objeción y cada vez con mayor celeridad. Por ejemplo, los partidos políticos de izquierda, como el Partido Socialista y el Partido Comunista,⁹ no presentaron demasiadas objeciones a la hora de participar dentro de los espacios que agrupaban a la oposición proveniente de los grupos sociales más reducidos ya que entendían que el peronismo era un experimento de carácter fascista, pero en variante criolla, y, por derivación, todas las fuerzas democráticas debían aliarse para derrotarlo, en una versión pormenorizada de lo que había sucedido en el viejo continente. En este sentido, la dinámica que expusimos fue reiterada en más de un movimiento político latinoamericano que fue caracterizado de manera peyorativa, por distintos motivos, y hubo serios intentos y éxitos para destituirlos; por ejemplo, uno de los casos más emblemáticos fue el de Allende en Chile, de acuerdo a las palabras del entonces presidente trasandino en el mismo momento del golpe de Estado que lo destituyó en septiembre de 1973:

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil: es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor [...] La historia es nuestra y la hacen los pueblos (ALLENDE, 2012: 134-135).

La idea detrás del discurso del mandatario chileno se basa en que los procesos en marcha, en este caso, el gobierno de la Unidad Popular y su programa de un socialismo por la vía democrática, era preparar un futuro mejor para los sectores mayoritarios. Dicho con otras palabras, los conflictos entonces desatados tenían un horizonte futuro de resolución, aparentemente inevitable, que, dado que los sectores más concentrados se veían perjudicados por las políticas implementadas, éstos últimos no dudarían en llevar a cabo las acciones necesarias para destituirlos, con un éxito rotundo en el país trasandino si pensamos que el gobierno dictatorial encabezado por Pinochet terminó por alterar bruscamente ciertos lineamientos de la economía y la sociedad chilena .

⁹ Las distintas agrupaciones de izquierda reaccionaron de diversa manera en relación a su oposición al peronismo (ALTAMIRANO, 2011: 19-34).

Si tuviéramos que resumir en un aspecto el eje de las disputas en sociedades en cambio, como la argentina y la latinoamericana, podríamos hacerlo de la siguiente manera: “[...] la democracia de sufragio universal responde a derechos políticos, y la justicia social, a derechos sociales: bien pueden existir la una sin la otra” (TERÁN, 2012: 259). El gobierno depuesto en septiembre de 1955, como también Allende casi dos décadas después, había sido obsecuente con la concreción de la distribución de los recursos a los sectores mayoritarios de la población, para lo cual se utilizaron distintos instrumentos, como, entre los más destacados, la intervención del Estado, en detrimento de los grupos concentrados de la sociedad. Ahora bien, por un lado, como apreciamos precedentemente, las modificaciones del peronismo no fueron una novedad absoluta porque, como bien atestigua el Plan Pinedo, muchas de esas cuestiones ya se estaban debatiendo desde antes, por eso, por ejemplo, es difícil encontrar una línea directriz desde el principio al final de la política económica peronista, sino que la versatilidad fue su marca distintiva (ROUGIER, 2012: 179); y, por el otro lado, las modificaciones que sí se produjeron despertaron el rechazo de los grupos económicos más reaccionarios. En este sentido, los objetivos de, en primer lugar, fomentar una economía distributiva y, en segundo lugar, encontrar cierto equilibrio entre distintos sectores, fueron los más relevantes debido a que constituían los ejes del sistema. En consecuencia, podemos decir que, en gran medida, el programa peronista funcionó en la medida en que fue posible mantener esos dos elementos, lo cual se correspondió con un contexto global más general que, siguiendo la lectura de Hobsbawn, podemos denominar como “los 30 años dorados” (HOBSEBAWN, 2010: 260), un período en el que el capitalismo se había expandido como nunca antes, pero, a diferencia de otras experiencias históricas, en dichos momentos, la expansión estuvo acompañada de una relevante distribución de los recursos generados como resultado del crecimiento económico.

Este nuevo cuadro de situación afectó a América Latina de manera positiva ya que una parte importante de Occidente demandaba casi todo tipo de producto que Latinoamérica podía aportar, lo cual generó una gran cantidad de recursos, divisas, por ejemplo, que permitieron profundizar los procesos de industrialización en marcha, aumentar las reservas, etc (HALPERIN DONGHI, 2010: 446-447). Por lo tanto, una vez que se presentaron limitaciones a esta nueva e incipiente configuración, las repercusiones internas no se hicieron esperar. Las primeras de ellas se produjeron en el último tramo del gobierno peronista, primero, con la convocatoria al Congreso de la Productividad en abril de 1955 que generó importantes rispideces con las comisiones internas que se opusieron férreamente a las tentativas de

reorganizar las condiciones de trabajo al interior de las fábricas y, segundo, los acuerdos con petroleras extranjeras en 1952 que violaban las tentativas de soberanía económica propuesta por dicho espacio. Entonces, el problema que tuvo que enfrentar el gobierno de facto fue el siguiente: ¿cómo superar el estancamiento de la economía, pero sin contemplar necesariamente el sesgo distributivo e, incluso, intentando retrotraer la situación a un modelo agroexportador previo a la crisis de 1930? En este sentido, debemos tener presente que uno de los supuestos a desentrañar para dar cuenta de esta problemática fue la determinación del carácter de la configuración económica de la región, debate que cobrará una fuerza impensada unos años más adelante. Así, por ejemplo, los partidos comunistas de muchos países latinoamericanos adhirieron a la tesis de que era necesario aliarse con la burguesía para fomentar el imprescindible desarrollo del capitalismo, como fue el caso del Partido Comunista en Argentina que asintió al gobierno de Frondizi, quien asumió hacia finales de la década de 1950, iniciando así el ciclo desarrollista en nuestro país (LÖWY, 2007: 42).

Las tentativas desarrollistas tuvieron lugar en una parte importante de los países latinoamericanos donde se presentaron los límites relacionados con la industrialización sustitutiva y el imperativo de mantener una economía en expansión que requería que se profundice el proceso de industrialización. Dichos programas se basaban en lo siguiente:

[...] la solución que el desarrollismo hizo suya tenía mucho a su favor: al aliviar el peso que la industrialización había arrojado sobre el sector primario [debido a la demanda de insumos industriales que sólo podían ser adquiridos mediante el uso de dólares] ya clamorosamente incapaz de seguir soportándolo, daba nuevo aliento a una expansión industrial que parecía haber perdido sus resortes dinámicos [...] Todo eso se lo lograba mediante una apertura parcial de la economía nacional a la inversión extranjera (HALPERIN DONGHI, 2010: 452).

En Argentina, el programa desarrollista del candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente buscaba, resumiendo brevemente, superar las limitaciones inherentes de la industrialización sustitutiva por medio del fomento de la industria pesada con la ayuda de los capitales extranjeros. Si lo ponemos en términos de modos de acumulación, podemos decir que la etapa que culminó con el peronismo se basó en la acumulación capitalista por medio de la extracción de plusvalía absoluta, por ejemplo, aumentando la cantidad de mano de obra

empleada o el tiempo de trabajo en las fábricas, como bien intentó el Congreso de la Productividad de 1955.¹⁰ Mientras que la nueva etapa que se inició con el gobierno de facto es una etapa de acumulación concentrada en la plusvalía relativa (PERALTA RAMOS, 1974: 127), para lo cual era necesario modificar gran parte de los beneficios que habían obtenido los sectores empleados y la difusión de un discurso basado en la eficiencia para mantener la competitividad y los beneficios económicos. En el caso de Brasil, podemos rastrear un proceso similar al argentino, pero con algunos rasgos particulares, primero, una mayor participación de las Fuerzas Armadas como vigilantes de la industrialización, segundo, un componente nacionalista más marcado; incluso la industrialización se mantuvo durante la dictadura militar que llegó al poder en 1964 (FAUSTO, 2003: 208-209).

En definitiva, podemos decir que hacia mediados del siglo XX, en Argentina se determinaron las coordenadas del conflicto social basado en las siguientes facciones:

[...] el primero [de los sectores en disputa] pretende reponer las actividades agroexportadoras en el lugar clave que ocuparon hasta 1930, incentivando para ello la producción agropecuaria a través de la devaluación y de la consiguiente traslación de ingresos [...] Enfrentado a éste, se encuentra un modelo que enfatiza en la industrialización radical, basada en la importación de tecnología y capital extranjero, y en la racionalización de la economía a través de la concentración industrial (FAUSTO, 2003: 133).

Sin caer en el peligro de una esquematización excesiva, entendemos que la cita nos sirve para tener en cuenta las coordenadas del conflicto que se va a perfilar en Argentina. En cierta medida, el desarrollismo frondicista intentó ofrecer una salida a esta disyuntiva, principalmente porque su escasa legitimidad política sólo podía suplirse con el éxito económico; es más, terminó convirtiendo en un elemento secundario el plano político ya que prevaleció la idea de que el desarrollo no necesariamente era sinónimo de democracia, por lo tanto, se podía prescindir de ella. En la mutación que mencionamos, similar a la de Brasil en cuanto a la relegación de la democracia como una condición necesaria para el avance industrial, el eje de la transformación giró en torno a que, a pesar de los éxitos económicos, los conflictos entre intereses persistían, en consecuencia, era necesaria una dirección más

¹⁰ Respecto de las formas de extracción de plusvalía, véase Marx, Karl, *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I*, México, FCE, 2015, pp. 162-180 y 281-288.

rígida para llevar a buen puerto semejante objetivo y, como no podía ser de otra manera, el único actor capaz de lograrlo eran las Fuerzas Armadas, embebidas en el discurso de la Doctrina de Seguridad Nacional a partir de la década de 1960 (NOVARO, 2010: 45). Además, las mismas podían argüir el argumento de que eran los actores indicados para concretar dicha transformación ya que estaban por encima, para denominarlo de alguna manera, de las facciones políticas, por lo tanto, no iban a resultar presas, teóricamente, de los grupos en disputa (O'DONNELL, 1980: 86).

Fue frente a semejante emergencia que se gestó el *Estado burocrático-autoritario*, el cual no fue exclusivo de Argentina porque se extendió a gran parte de América Latina, que buscaba superar, de una vez y para siempre, las limitaciones vigentes en la región. Como bien atestiguó el programa de Frondizi, el *Estado burocrático-autoritario* tenía como principal supuesto que el capital nacional era insuficiente, por lo tanto, era necesario atender y darle prioridades al capital transnacional (O'DONNELL, 1980: 127). En el plano inmediato, para el caso argentino, lo que debía llevarse a cabo era bajar la inflación y reducir el alcance que tenían los sectores sindicales que podían incidir en las decisiones del gobierno para demostrar que el Estado nacional era capaz de otorgarle garantías a los inversores extranjeros, tentativa que quedaría trunca con el Cordobazo a finales de la década de los 60' (O'DONNELL, 1980: 140). Empero, dicho acontecimiento no debe pensarse como un hecho aislado, más allá de su relación inmediata con los intentos de reforma propuestos por el ministro Krieger Vasena que generaron el rechazo de una parte importante del movimiento obrero, ya que, tras la autodenominada revolución libertadora, emergió y se consolidó con los años un movimiento de resistencia, identificado con el peronismo, que prevaleció en gran parte de los sectores mayoritarios que se habían visto favorecidos con el gobierno depuesto.¹¹ Justamente, uno de los pilares en los cuales se apoyó dicha resistencia fueron los sindicatos, que ya contaban con cierta disposición de enfrentamiento a los distintos gobiernos en tanto que éstos mantuvieran limitados los espacios y la libertad de expresión política (SALAS, 1994: 15). Es más:

El hecho de que a la crisis de legitimidad del sistema político se sumara una crisis, cada vez más aguda, de la autoridad estatal completa el cuadro resultante del golpe de 1955. Y ayuda a entender la notable supervivencia del peronismo: porque fue en gran medida

¹¹ Uno de los ejemplos más absurdos y evidentes de la intención de desperonizar la sociedad fue el decreto 4161, según el cual estaban prohibidas en público las palabras “Perón” o “Evita”, como así también cualquiera de sus manifestaciones.

gracias a ese debilitamiento del estado que éste pudo –sin grandes traumas ni divisiones y de forma bastante rápida– pasar, de ser una fuerza estructurada desde el vértice estatal, a ser un movimiento de masas subversivo del orden existente y capaz de sostenerse excluido de todo asiento institucional (NOVARO, 2010: 21).

En este punto nos encontraríamos con un final anunciado en cuanto a las posibilidades de que el programa de modernización autoritaria fuera exitosa porque debía enfrentarse con un movimiento que se fortalecía en base a los intentos de excluirlo del sistema debido a que “El peronismo se constituía a sí mismo en la construcción de su opuesto” (SALAS, 1994: 152). Por lo tanto, la implementación de un posible *Estado burocrático-autoritario* terminó por fortalecer aquello que buscaba erradicar y que finalmente lo venció; aunque debemos dejar en claro que, más allá de la prevaleciente corriente peronista, la orientación clasista también había ganado lugar dentro de los sindicatos. En cambio, en el caso brasilero, la prestancia y participación de las Fuerzas Armadas le dio mayor capacidad para resistir los embates en contra de semejante programa que, podríamos aventurar, resultó más exitoso en términos económicos, pero con un gran costo social en cuanto a la exclusión, la marginalidad, etc.

En última instancia, las expresiones de los sectores populares, hacia la década de 1960, fueron la contraparte de la caída del *Estado burocrático autoritario* porque una de las condiciones para que funcione era limitar la participación de aquellos que podían poner en riesgo su posible éxito, pero, una vez que se limitaron o eliminaron los canales de participación, todas las tensiones que se acumularon como resultado de las demandas no satisfechas de dichos sectores se terminaron expresando de manera violenta (O’DONNELL, 1980: 294). Situación que no hizo más que expresar la crisis abierta en Argentina desde la caída del peronismo relacionada con la incapacidad de las clases dominantes de establecer un orden legítimo, no sólo justificado, sino también, y más importante tal vez, efectivo, que logre ejercer el control sobre la sociedad (PORTANTIERO, 1996: 302); lo cual fue *in crescendo* con los intentos de consolidación del *Estado burocrático autoritario* ya que empezaron a permear los intereses de las diversas facciones de la clase dominante, dando lugar al denominado “empate hegemónico”, resultado de la incapacidad de lograr la hegemonía de alguna de las facciones con el fin de que aquella dominante sea la que dirija la suerte del capitalismo nacional (PORTANTIERO, 1996: 317).

IV-Conclusión

1955, tomando como referencia la experiencia argentina, fue el punto de llegada de una gran cantidad de cambios derivados de lo que habían sido los gobiernos populistas, o por lo menos el primer ciclo de los mismos. Por otra parte, el golpe concretado en septiembre de dicho año fue el punto de inicio de importantes fenómenos que se mantuvieron sin una resolución definitiva en los años siguientes, entre ellos, el fortalecimiento de la adscripción peronista de la mayoría de la población en el marco de los intentos del Estado de suprimir dicho vínculo. Como así también otros relacionados con las posibilidades de desarrollo industrial, el más destacado sin duda fue la posibilidad de lograr el paso de una industria liviana a otra productora de bienes industriales, y la participación de la mayoría en los órganos de gobierno, que rápidamente fue entendida como una amenaza para los grupos más concentrados que veían en potencial compromiso su posición privilegiada frente a sectores que demandaban reformas más profundas, incluso más allá de lo que los mismos gobiernos que habían apoyado estaban dispuestos a aceptar; problemáticas que no eran exclusivas de nuestro país ya que aquejaban a otros de la región.

En resumidas cuentas, fueron estas problemáticas sobre las cuales Peña elaboró gran parte de sus consideraciones, en consecuencia, era importante dedicarle el espacio necesario para aclararlas. Dilemas y diatribas que fueron y siguen siendo determinantes para pensar la suerte nacional y regional sobre las potencialidades para superar el subdesarrollo y lograr los parámetros de crecimiento y estabilidad con los que cuentan los países “desarrollados”. Por lo tanto, empecemos con las apreciaciones de Peña.

Capítulo II: América Latina y Argentina como objetos de estudio

I-Renovación y objetividad

En el número 2 de la revista *Fichas de investigación económica y social* (en adelante *Fichas*), Peña realizó una serie de comentarios a la obra de Wright Mills, *La imaginación sociológica*, prologada por Gino Germani, quien dirigió la colección encargada por la editorial Paidós a principios de los 60', en relación a las implicancias de las ciencias sociales en temas políticos; observaciones que demuestran la importancia adquirida por dicho campo de estudios ya que eran la llave para entender el contexto de cambios y transformaciones que tenían lugar en estas latitudes.

Según el pensador argentino, las menciones del sociólogo italiano sobre la obra de Mills tenían como objetivo de dejar de lado la relación entre la supuesta sociológica científica y las implicancias directas con los problemas y las demandas sociales; dicho en otros términos, el componente científico y objetivo sólo era posible en la medida en que se relegaran las desviaciones ideológicas (PEÑA, 1965A: 37),¹² esto no quiere decir que el intelectual italiano dejara de la lado su compromiso cívico, pero sí los sesgos políticos. En este sentido, el objetivo del prólogo de Germani fue inmunizar al lector de las implicancias políticas de la obra del sociólogo norteamericano para rescatar los aportes metodológicos de su trabajo, por lo tanto, le estaría quitando el sentido a la labor del pensador anglosajón ya que, de acuerdo a éste último, “La primera tarea política e intelectual –porque aquí coinciden ambas cosas– del científico social consiste hoy en poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia contemporáneos” (MILLS, 1961: 32). Es decir, sería absurdo negar que el trabajo de Germani, como apreciamos antes, es inescindible de comprender el peronismo en todas sus dimensiones, no sólo como objeto de análisis científico, sino también como un proceso que lo involucraba como ciudadano, más todavía después de su experiencia fascista en Italia, pero la crítica de Peña radica en que intentó ocultarla, o volverla secundaria respecto de un supuesto afán de cientificidad. En este sentido, si bien Peña no fue el único, sí fue uno de los intelectuales que con mayor anticipación marcó dicha objeción a la forma de concebir las investigaciones y los estudios sociales. De hecho, este tipo de lecturas fue compartida por otros pensadores ulteriores, como Gunder Frank, quien objetó las percepciones más

¹² Alfredo Perera Dennis fue uno de los sinónimos utilizados por Peña a lo largo de su trabajo intelectual, junto a otros como Hermes Radio. Recordemos brevemente que nació en la ciudad de la Plata, en 1933, y falleció tempranamente en 1965, dejando una importante obra, a lo largo del trabajo nos concentraremos en sólo una selección. Por otra parte, inició su actividad política a una edad muy temprana, dentro del Partido Socialista de su ciudad natal, para luego acercarse a las filas del trotskismo, sin dejar de lado las discusiones con figuras de dicho espacio, como el mismo Nahuel Moreno.

tradicionales sobre el desarrollo en América Latina, no tanto por cuestiones teóricas, sino por elementos tendenciosos y por negar las consecuencias prácticas que los mismos tenían, sobre todo tras la revolución en Cuba (GUNDER FRANK, 1973: 310-311).¹³

Por otra parte, el sociólogo italiano presentó un segundo problema relacionado con las posibilidades de la sociología en América Latina ya que, más allá de los intentos de universalización de dicha disciplina, o sea, de que pudieran delimitarse parámetros generales para dicha ciencia, los problemas nacionales o regionales no eran idénticos, como tampoco las tradiciones culturales e intelectuales de los distintos países, entonces, resultaba trunco desde su inicio dicho intento (MILLS, 1961: 9).¹⁴ Justamente, aquí se inserta una de las observaciones más lúcidas de Peña a Germani ya que en esa ansiada búsqueda de cientificidad y objetividad terminó por establecer modelos dicotómicos, sociedades atrasadas/sociedades desarrolladas, por ejemplo, que generalizaron y abstrajeron en lugar de contribuir a una explicación acorde con los problemas que trataban de responder (PEÑA: 1965A: 42). En resumidas cuentas, de acuerdo a Peña, “[...] el profesor Germani y Asociados, educan a los futuros sociólogos profesionales en el estilo de investigación burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto” (PEÑA, 1965A: 40). Dicho en otras palabras, la intención de lograr una supuesta cientificidad ayudó a, por un lado, que prevalezcan las cuestiones administrativas por encima de las verdaderas demandas de conocimiento y, por el otro lado, más grave aún, a generar modelos de estudio, que en su afán de atender a los criterios de cientificidad y empirismo, terminaron por convertirse en modelos demasiado abstractos.

En última instancia, el meollo de los problemas derivados de la propuesta del sociólogo italiano radicaba en que “[...] en América Latina vemos cómo los más notorios importadores de los métodos norteamericanos, con el profesor Germani a la cabeza, combinan sus preocupaciones metodológicas con una abundancia de dosis de ensayismo y de falta de rigor –innegables plagas latinoamericanas– contra las cuales dicen que se proponen luchar desde sus institutos” (PEÑA, 1965A: 46). En otros términos, la propuesta de Germani no era lo suficientemente concreta para enfrentar la demanda que se proponía suplir, además de que

¹³ Es interesante remarcar que Gunder Frank, con una anticipación destacada, resaltó los futuros problemas derivados de la ofensiva neoliberal, habiendo sido discípulo del mismo Milton Friedman, quien dirigió la tesis doctoral de Gunder Frank en la Universidad de Chicago titulada *Growth and Productivity in Ukrainian Agriculture from 1928 to 1955*.

¹⁴ Prólogo de Gino Germani. Es más, el ensayismo fue uno de esos aspectos mencionados por Germani como dominante en la tradición sociológica de la región, en consecuencia, había que buscar en nuevos horizontes una cientificidad que no existía por estas latitudes.

en Latinoamérica no existían las condiciones institucionales que requerían dicha tarea (PEÑA. 1965A: 48), por lo tanto, era una propuesta débil.¹⁵

Las discusiones que expusimos tenían un interrogante inmediato que responder que era encontrar un método que permitiese entender en el escenario local lo que había sido el peronismo en particular y el populismo en general, pero ahora un paso más allá de la problemática derivada de la herencia peronista porque la nueva incógnita que se presentaba estaba relacionada con la modernización del país y América Latina, es decir, que dicho fenómeno debía leerse bajo la lupa de un proceso de cambio social más amplio y complejo.

II-Populismo y modernización: el caso peronista

Entender y esgrimir una respuesta lo más certera posible sobre el gobierno peronista fue una de las principales preguntas, sino la más relevante, de la incipiente sociología. En esta dirección, uno de los trabajos más destacado fue el de Germani, cuya reflexión vamos a exponer a partir de dos obras: *Estructura social*, primero, y *Política y sociedad en una época en transición*, después.

El punto de partida, por lo menos el que tomamos en esta sección, de la obra del pensador europeo, por un lado, es un concepto similar a uno expuesto por Wright Mills, este concepto es el de *estructura*, entendida como una unidad de análisis que va más allá de otras agrupaciones, como la nacional, y a partir de la cual operan ciertos elementos como el Estado, las relaciones de poder, etc., que son los que componen y dan forma al entramado social porque determinan las relaciones de poder vigentes. En esta dirección, la *estructura* permitiría visualizar la relación entre la sociedad y el sistema político, tanto cómo se fundamenta y cómo se crea un régimen de gobierno estable y duradero en el tiempo. Por el otro lado, Germani enfatiza el principio metodológico que sostiene que la conformación y la comprobación de las hipótesis reside en la observación de la realidad (GERMANI, 1987: 10), intentando, de manera fallida para Peña, romper con el ensayismo y la especulación como herramientas recurrentes en las ciencias sociales latinoamericanas.

Tomando como referencia los axiomas que mencionamos, Germani observó a la sociedad argentina y las características del peronismo, donde se entrecruzaron dos procesos históricos en marcha que confluyeron en el mismo punto: primero, las migraciones internas

¹⁵ A propósito de esta cuestión, si bien no es el objeto de este trabajo, vale la pena tener presente la relación entre la incipiente sociología con las tradiciones académicas vigentes hasta ese momento. Al respecto, véase Blanco, Alejandro y Jackson, Luiz Carlos, *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*, Bernal, UNQ, 2015.

como resultado de la caída de la actividad agrícola en las zonas de mayor producción a partir de las repercusiones de la crisis internacional de 1929; segundo, una incipiente industrialización sustitutiva, liviana y orientada al mercado interno, que empezó a absorber la mano de obra que llegaba del interior del país (GERMANI, 1987: 61 y 75). Siguiendo este razonamiento, “En su opinión, el reciente proceso de industrialización y los cambios políticos y sociales desencadenados en la Argentina durante la década del 40’ habían acentuado el grado de movilidad social provocando un movimiento de ascenso en masa de un número creciente de individuos y la correlativa formación de una clase media” (BLANCO, 2006: 142). Dicho en otras palabras, el peronismo fue la expresión de esa sociedad transformada que necesitaba de un espacio político que pudiera representarla. Por eso mismo, la orientación sociológica de Germani tenía el objetivo de articular el método de las ciencias sociales -con distintas influencias, como veremos a continuación- con los problemas sociales del entorno en el cual se encontraba inmerso como científico y ciudadano (BLANCO, 2006: 117-118). En este sentido, la réplica de Peña parecería absurda debido a que Germani reconoce la orientación cívica de su profesión, sin embargo, el eje estaría en que Peña impugnó esa percepción universal, para denominarla de alguna manera, ya que, en realidad, tenía implícita una visión sesgada enmarcada en esa pretensión más general.

Una de las influencias más importantes de Germani fue la denominada Escuela de Frankfurt, particularmente un pensador: Mannheim.¹⁶ Antes que nada, las ideas de diversos filósofos alemanes, no sólo algunos de los cuales se agruparon en la escuela de pensamiento mencionada, no eran desconocidas en el territorio nacional gracias a la difusión que tuvieron por distintos medios, como la *Revista de Occidente* y la *Biblioteca de Ideas del siglo XX*, ambas dirigidas por el filósofo español Ortega y Gasset (BLANCO, 2006: 109). La relevancia del filósofo alemán radicaba en que, al igual que intentaba hacer Germani, buscaba explicar las diversas tensiones que se generan en cualquier sociedad en cambio, donde se ponían en cuestionamiento y se erigían nuevas formas de dominación efectiva. Por lo tanto, entendemos que:

¹⁶ Es necesario destacar que la Escuela de Frankfurt se desarrolló después de la Segunda Guerra Mundial y una de sus preocupaciones centrales radicó en entender el nazismo en continuidad con la modernidad, más que como una desviación de un supuesto camino lineal de progreso y despliegue de la razón a lo largo del tiempo. En este sentido, la regresión de la Ilustración estaría dentro de la lógica de su mismo origen y fundamentos (ADORNO y HORKHEIMER, 2013: 9). Por otra parte, en cuanto a Mannheim, podemos decir que el pensador alemán compartió el problema con Germani, en el sentido en que ambos se enfrentaron a la necesidad de reordenar la sociedad tras abruptos cambios, la Segunda Guerra Mundial y el nazismo para el primero y la experiencia peronista para nuestro caso. Por eso, en ambos casos, la necesidad de planificar las futuras sociedades como una respuesta necesaria a la movilización de las masas de las que ambos fueron testigos más allá de las claras diferencias entre ambos fenómenos (MANNHEIM, 1953: 27).

El problema no radicaba entonces en el espíritu moderno (secularización, racionalismo, individualismo) sino en esa convivencia, que podía resultar explosiva, de lo “contemporáneo con lo no contemporáneo”: estructuras tradicionales deterioradas por el proceso de modernización, estructuras modernas y vastos sectores de la vida social parcialmente desintegrados. Dicho de otro modo, la crisis obedecía a una falla en el proceso de individuación que parecía reducirse a un efecto automático de la diferenciación social y que no le proporcionaba al individuo los medios para forjarse una personalidad (BLANCO, 1999: 105).

Antes que nada, en el breve pasaje podemos observar la dicotomía como forma de intelección en Germani; en este sentido, con sus rasgos particulares, la emergencia del peronismo, al igual que otros procesos de transición en la región, atestiguaba esta transformación trunca que no llegó a resolverse porque nunca se obtuvieron los resultados a la europea; por eso mismo, el meollo del estudio del sociólogo italiano radicaba en profundizar sobre esa situación, sobre la convivencia entre los elementos modernos y los atrasados. Nuevamente, en esta lectura, podemos percibir el influjo de Mannheim ya que uno de los problemas destacados en las transformaciones sociales que aparecen asociados al surgimiento de fenómenos políticos de corte autoritario es la persistencia de las formas de dominación tradicionales, por ejemplo, la figura del líder centrado en rasgos carismáticos (MANNHEIM, 1953: 124-125).

Volviendo a la transición, en primer lugar, lo típico de la misma es la tensión que existe en los parámetros viejos que empiezan a quedar en desuso y los nuevos que están surgiendo. Y, uno de los aspectos más relevantes es que “[...] penetra en la conciencia individual, en la que también llegan a coexistir actitudes, ideas, valores, pertenecientes a diferentes etapas de la transición” (GERMANI, 1962: 70). Justamente, la emergencia del peronismo atestiguaba una sociedad en cambio en la cual los sujetos sociales necesitaban hacerse de elementos, simbólicos y concretos, para desenvolverse en semejante contexto, en esta dirección, terminaron aceptando un régimen paternalista y autoritario, como también se había dado en otros países de la región, debido a que se identificaban con esos rasgos autoritarios y tradicionales. Por ejemplo, en México, el gobierno de Lázaro Cárdenas puede pensarse como un fenómeno similar en tanto que favoreció la incorporación de los sectores mayoritarios que se habían movilizado desde la Revolución mexicana, por eso mismo, la

denominación de *populismo radicalizado* ya que benefició a las milicias campesinas, a los sectores urbanos, entre otros (COLLIER y COLLIER, 1991: 198). Más allá de las diferencias, la cuestión radicaba en que la vertiginosidad de esas alteraciones era igual de angustiante debido a los resultados generados en la sociedad, no sólo en cuanto al presente, sino también en relación al futuro (TERÁN, 2013: 115). Problema que no resulta ajeno a la cuestión que venimos tratando en relación a cómo actúan las masas frente a las modificaciones sociales ya que, en palabras de Mannheim, podemos explicarlo de la siguiente manera:

Lo que el psicoanalista llama la “catexis” –la fijación de energía emocional en ciertos objetos; el amor que uno siente por su hogar, su jardín, sus hijos, el trabajo, la ocupación o la satisfacción emocional que se obtiene debido a la posición social, el éxito, etc.– mantiene normalmente fija la energía emocional. Cuando se afloja estas fijaciones debido a un choque repentino; cuando, por ejemplo, se debilita el amor propio de un hombre al perder su trabajo, en forma tal que quedan perturbadas las satisfacciones de la vida cotidiana, entonces él y los millares o millones que se encuentran en el mismo caso, son presa de energías emocionales que no están fijas y arraigadas y que esperan dirección y fijación, los cuales serán dictados por los nuevos controladores de la sociedad de masas (MANNHEIM, 1953: 359-360).

Resultado de los cambios producidos a nivel social, la mayoría de la población resultaba desconcertada y se terminaba convirtiendo en una masa disponible para los nuevos líderes, autoritarios generalmente, que los encontraban útiles para sus necesidades y ansías de poder. Empero, como venimos advirtiendo, son cuestiones que tienen que considerarse en un plano más amplio asociado a las diatribas de la sociedad moderna y el “miedo a libertad”, en términos de Fromm, de que el hombre moderno no ha ganado la libertad en un sentido positivo y, en consecuencia, resulta preso de la propensión a la pertenencia a líderes y sectores que los terminan subsumiendo ya que decide abandonar su libertad en pos de obtener la seguridad que es capaz de aportar la pertenencia a un grupo (FROMM, 2006. 115). Por lo tanto, podemos advertir que el problema central en cuanto al impacto de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas estuvo en que no se realizaron los principios propios de una democracia representativa, especialmente toda la gama de los derechos basados en la libertad de los individuos que terminaron siendo manipulados por los gobiernos en el poder (GERMANI, 1962: 159). No obstante, este desfasaje producido durante las

transiciones no debe pensarse que desembocó en los procesos totalitarios que tuvieron lugar en el viejo continente porque en los casos totalitarios europeos existieron rasgos que le dieron particularidad como el odio de clase y una virulencia mucho más marcada que no estuvieron presentes en el caso latinoamericano para aquellos que entendieron al peronismo de esa forma (BLANCO, 1999: 116).

En el final del camino, la única posibilidad de establecer una sociedad moderna era consolidando la democracia liberal burguesa como principio ordenador atendiendo, al mismo tiempo, la amenaza que representaba la imposición de la mayoría, la cual no podía ser dejada de lado. Además, tengamos en cuenta que la primera de las obras citadas de Germani fue escrita tras la encomienda del presidente Aramburu en el marco de *desperonizar* la sociedad (BLANCO y JACKSON, 2015: 13), lo cual, por un lado, no era un problema desconocido para la academia en relación a comprender la Argentina moderna y, por el otro lado, era inescindible del desarrollo económico de la región, al cual nos abocaremos a continuación.

III-Los programas de desarrollo: soluciones teóricas para problemas prácticos

Hacia mediados de la década de 1950, en Latinoamérica se creó la CEPAL (Comisión económica para América Latina), la cual, entendemos, puede pensarse como un punto de quiebre en la historia de la región porque fue un hito respecto de la suerte del subcontinente en cuanto a que el eje para entender y mejorar la situación a futuro pasaba a tener como centro la modernización económica entendiendo que ésta era el punto de partida de todo lo siguiente, como la estabilización democrática (BLANCO y JACKSON, 2015: 32). Pero, ¿cuál fue la propuesta o la teoría dominante respecto de qué camino seguir para lograr semejante tarea? La primera de estas doctrinas fue la de Walter Rostow, economista norteamericano que además fue funcionario del gobierno de Kennedy en el contexto de la Revolución cubana y sus repercusiones para la región, como la invasión a Bahía de Cochinos o las actividades de la OEA.

En este sentido, podemos decir que una de sus obras más importantes, *Las etapas del crecimiento económico*, tenía un objetivo claro que versaba en demostrar que era posible, incluso inevitable, que todas las sociedades del planeta atravesaran una serie de estadios relativamente similares hasta llegar a una economía capitalista desarrollada; de esta manera, se refutaban las supuestas ventajas del comunismo, en plena Guerra Fría, como bien indica el subtítulo de su libro, *Un manifiesto no comunista*.

El punto de partida del análisis de Rostow residía en “[...] que las sociedades son organismos de acción recíproca” (ROSTOW, 1964: 18). Es decir, que, a diferencia del marxismo, lo que podemos denominar como superestructura, o sea, los elementos políticos e institucionales, sí eran capaces y debían interceder en las cuestiones económicas y sociales. Así, legitimaba la acción de los gobiernos en pos de alterar los cimientos económicos y sociales. Por ejemplo, la modificación de la superestructura, como la aceptación de la economía de libre mercado y los valores de la democracia liberal, sería el pilar para los cambios más profundos asociados con el funcionamiento económico de la sociedad.

Ahora bien, a grandes rasgos y teniendo en cuenta la observación que realizamos, el modelo de Rostow tenía una orientación universal, la cual no negaba las diferencias regionales, dentro de ellas las de América Latina:

¿Debe considerarse a los estados latinoamericanos en el caso general o dentro de los afortunados descendientes de una Europa ya en proceso de transición? En general, estamos tentados de decir que pertenecen al caso general, es decir, que comenzaron con una versión de sociedad tradicional –con frecuencia, una fusión de la tradicional Europa de origen latino con las culturas indígenas tradicionales– que necesitó de un cambio fundamental antes de que pudiera alcanzar los múltiples beneficios del interés compuesto; pero los casos latinoamericanos varían entre sí (ROSTOW, 1964: 31).

Dicho en otras palabras, Latinoamérica tenía condiciones relativamente similares a la de los países que sí se desarrollaron ya que en ella se podían identificar rasgos parecidos a los que tuvieron los casos exitosos. Por lo tanto, sólo era una cuestión de tiempo y de políticas bien definidas para que alcance los beneficios del desarrollo. En las mismas palabras del autor: “Debemos demostrar que las naciones latinoamericanas –que ahora constituyen el foco principal de las esperanzas comunistas– pueden pasar, con buen éxito, a través del período de condiciones previas a un impulso inicial bien establecido dentro de la órbita del mundo democrático, resistiendo a los halagos y tentaciones del comunismo” (ROSTOW, 1964: 159). Las naciones europeas que se convirtieron en las principales economías y sistemas políticos del siglo XX fueron aquellas que habían contado con ciertas condiciones que las favorecieron, como una consolidación estatal relativamente temprana o el ordenamiento de un mercado

interno; características que no se habían cumplido en América Latina y, en consecuencia, había que motivarlas para evitar caer en las vanas tentaciones comunistas.¹⁷

Empero, más allá de un supuesto optimismo inicial, en nuestra región las cosas no se presentaban tan lineales, por lo tanto, los supuestos de Rostow empezaron a ser revisados por distintos autores, entre ellos Celso Furtado desde Brasil. Antes que nada, tengamos en cuenta que el trabajo del economista norteamericano fue publicado en 1958 y el de Furtado en 1961, apenas tres años después, lo cual demuestra, entendemos, la amplia difusión que había logrado en el ámbito académico y que, en consecuencia, las ideas expuestas por Rostow no eran para nada marginales en el escenario intelectual.

En primer lugar, Furtado criticó la naturaleza abstracta del método con el que suelen trabajar los economistas debido a que resultan demasiados abstractos y contribuyen a que se dejen de lado las implicancias históricas que influyen en la economía (FURTADO, 1964: 16). Por lo tanto, desde su perspectiva, debemos partir de un análisis anclado en las particularidades del objeto de estudio que pretendemos abordar; a diferencia de la tarea habitual de los economistas que se refugian en la abstracción y la generalización desmedida como elementos teóricos. Frente a este diagnóstico, el pensador brasileiro propuso conceptualizar las situaciones específicas del territorio, las cuales fueron denominadas bajo el nombre de *subdesarrollo*:

[el cual] no constituye una etapa necesaria del proceso de formación de las economías capitalistas modernas. Es, en sí, un proceso particular resultante de la penetración de las empresas capitalistas modernas en las estructuras arcaicas. El fenómeno de subdesarrollo se presenta en formas variadas y en distintas etapas. El caso más simple es la coexistencia de empresas extranjeras, productoras de una mercadería de exportación, con una extensa zona de economía de subsistencia, cuya existencia puede proseguir, en equilibrio estático, durante largos períodos (FURTADO, 1964: 176).

¹⁷ De hecho, algunas de estas condiciones pueden pensarse como las causantes de ese subdesarrollo ya que, por ejemplo, la orientación de una economía abierta en nuestra región negó desde su inicio cualquier tentativa de erguimiento de un mercado interno relativamente estable y capaz de motorizar la industria local. En nuestro caso, la gran mayoría de los productos manufacturados fueron importados y consumidos, mayoritariamente, por los grupos dominantes, además de los períodos en los que aumentó la participación de los sectores medios.

Furtado sostuvo una interpretación en la cual no existía la linealidad presentada por Rostow ya que el caso de América Latina era la realidad concreta de que podían coexistir y mantenerse en el tiempo elementos diametralmente opuestos debido a que algunos se encontraban plenamente desarrollados, mientras que otros eran de la más absoluta subsistencia. Por ejemplo, uno de los casos más contundentes de esta convivencia entre los extremos que podemos mencionar es la *United Fruit Company* en Guatemala que fue uno de los casos que dio lugar a la diferenciación entre economías de enclave y aquellas que, más allá de su vinculación con el exterior, seguían siendo controladas por grupos locales (CARDOSO y FALETTTO, 1977: 21-24).

A partir de lo desarrollado, la falacia de Rostow radicaría en que no hay un camino unívoco porque los esfuerzos que se necesitan para pasar de una condición de subdesarrollo a una de desarrollo, lo cual es posible pero muy difícil debido al esfuerzo que pocas veces se puede lograr ya que consiste en superar la dependencia, principalmente de divisas, del sector primario-exportador para que la industria y la actividad interna se conviertan en el motor dinámico de la economía y reemplacen a la demanda externa como la palanca económica por excelencia (FURTADO, 1964: 209). En este desfasaje es donde Furtado introdujo uno de los aspectos más problemáticos de las economías latinoamericanas como fue, y sigue siendo, la demanda de capitales para lograr el salto cualitativo en la transformación de la estructura económica ya que depende de la importación de bienes de capital que no son producidos localmente.¹⁸ Esta problemática fue abordada y respondida de manera dispar por los programas desarrollistas.

La dependencia del sector extranjero se convirtió rápidamente en uno de los objetos de indagación más recurridos. Para Sergio Bagú, la falta de capitales tenía un origen histórico situado en el mismo momento en el que se iniciaron las expediciones europeas al nuevo mundo. Según esta interpretación, la carencia fue originada en España debido a que nunca tuvo la intención de acumular capital, sino sólo de explotar los beneficios económicos que resultaron de semejante expansión ultramarina, por lo tanto, nunca existió un proceso de acumulación que favoreciera a la América española, aunque ésta resultó determinante en la acumulación, valga la redundancia, del sistema capitalista en su conjunto, sobre la cual profundizaremos más adelante (BAGÚ, [s.f.]: 37).

¹⁸ Uno de los trabajos más elaborados que se abocaron a esta cuestión, desde una visión positiva podemos agregar, fue, el ya citado, *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Cardoso y Faletto.

De esta manera, empezó a adquirir forma la economía capitalista internacional organizada en torno a dos regiones, el centro europeo y la periferia americana. Por esta razón, estamos en condiciones de hablar de *capitalismo colonial* porque “[...] América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa. Más aún: América contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del período del capitalismo industrial, siglos más tarde” (BAGÚ, [s.f.]: 87). La incorporación de Latinoamérica al sistema capitalista fue una condición necesaria para que pudiera desarrollarse el capitalismo industrial que no tuvo como protagonistas a España y Portugal, ni mucho menos a sus colonias, ya que éstos se beneficiaron con el sistema comercial que se encargaron de perpetuar con el paso del tiempo. Justamente, una de las innovaciones de Bagú fue demostrar, en términos similares y casi coetáneos a Furtado, que la estructuración económica de América Latina tuvo como columna vertebral la coexistencia entre elementos plenamente feudales y otros propios del capitalismo más avanzado, sin negar la naturaleza dominante del segundo (GILETTA, 2013: 23).

En conclusión, Latinoamérica no se encontraba en una situación de atraso, la cual iba a superarse en poco tiempo con políticas adecuadas, como plantearía el enfoque de Rostow, sino que su condición de subdesarrollo implicaba, por un lado, la convivencia de elementos atrasados con otros del capitalismo plenamente desarrollado; y, por el otro lado, con el paso del tiempo sólo iba a profundizarse esa inadecuación porque los últimos necesitaban de la vigencia de esos rasgos arcaicos para perpetuarse en el tiempo, podemos pensar, como veremos más adelante, en las empresas peruanas que empleaban mano de obra bajo formas no capitalistas, es decir, no salariales, como el denominado *enganche*. En última instancia, esa condición de América Latina era el resultado de su incorporación al sistema capitalista, en consecuencia, en la medida en que la región formaba parte del capitalismo internacional, sólo habrían de persistir los rasgos mencionados y volverse cada vez más dispares.

Esta imbricada vinculación fue denominada de diversas maneras, por ejemplo, volviendo a Bagú, vimos que le adjudicó el nombre de *capitalismo colonial*, que “[...] instaurado en América Latina se insertó en condición de dependencia, estructurando su producción –en lo fundamental, materias primas y metales preciosos– en función de los requerimientos del mercado internacional” (GILETTA, 2013: 24). De esta manera, la incorporación que mencionamos incidió rotundamente en la determinación del perfil productivo de Latinoamérica, sentando las bases de un futuro problema cuya resolución era

tan necesaria como esquivas: alcanzar las posibilidades de modernización gracias a la capacidad industrial.

La vinculación que mencionamos no es tema menor debido a que América Latina fue, y podemos pensar que sigue siendo, una pieza clave para el desarrollo del capitalismo industrial, con epicentro en Europa ya que, desde el temprano siglo XVI, fue necesaria su participación, reconocida, incluso, por el mismo Marx:

El descubrimiento de los países auríferos y argentíferos de América, el exterminio, la esclavización, y el sepultamiento de la población indígena en las minas, los primeros pasos hacia la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión de África en un coto de caza de esclavos negros, anuncian la aurora de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos son otros tantos momentos fundamentales de la acumulación originaria (MARX, 2015: 669).¹⁹

Sin la producción y la mano de obra que aportaron las zonas periféricas del globo, porque no era sólo América, sino también África, no hubiera sido posible la acumulación de capital necesaria para el futuro desarrollo del capitalismo. La perpetuación de esta relación fue el axioma del cual partieron gran parte de las teorías de la dependencia que se desarrollaron en los años siguientes en estas latitudes. Por ejemplo, de acuerdo a Marini, “[...] es propio del capital crear su propio modo de circulación, y/o de esto depende la reproducción ampliada en escala mundial del modo de producción capitalista” (MARINI, 1991: 16). Desde esta perspectiva, las mismas necesidades de reproducción y ampliación del sistema son las que, indefectiblemente, delinearon el sistema capitalista en ambos márgenes del océano Atlántico, cuestión en la cual ahondaremos más adelante. Asimismo, otro rasgo distintivo de la conformación en cuestión estuvo en que, a diferencia de lo que tenía lugar en Europa, en América Latina, la acumulación se dio a partir de la sobreexplotación de la mano de obra (MARINI, 1991: 16), con las consecuencias que la misma produjo, entre ellas, la perpetuación de formas de retribución no salariales, como marcamos precedentemente, en algunas regiones del continente durante mucho tiempo.

¹⁹ Uno de los trabajos más relevantes que analizan la relación entre el centro y la periferia capitalista es el Wallerstein, *El moderno sistema mundial*. Al respecto, véase Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1987.

Otra de las posturas alineadas desde la visión dependentista fue la de Gunder Frank, según quien, “El desarrollo y el subdesarrollo son las caras opuestas de la misma moneda” (GUNDER FRANK, 1970: 21). Ambos estadios son el resultado del sistema capitalista y son imprescindibles el uno del otro, en consecuencia, habrán de perpetuarse y profundizar las diferencias con el paso del tiempo. Uno de los aspectos más interesantes de esta interpretación es que la diferencia mencionada puede aplicarse tanto al sistema en general como así también al interior de los países, entre lo que el autor denominó como centro y satélites.

IV-Conclusión

En resumidas cuentas, en primer lugar, estaríamos en condiciones de decir que las investigaciones científicas, particularmente en el campo de la sociología, resultaron inseparables de los dilemas y las discusiones políticas más álgidas (BLANCO y JACKSON, 2015: 96-97). El objetivo de las mismas radicaba en entender los problemas y las posibilidades de modernización en la región, sobre todo la económica porque era el punto de partida para el resto ya que constituía el puntapié inicial para la estabilización democrática y la oclusión de la amenaza comunista que estaba cada vez más patente en la región. Por lo tanto, debemos tener en cuenta el carácter intrínsecamente político de dichas intervenciones en el sentido más pleno del concepto debido a que aquellos intelectuales que participaron en las mismas entendían que sus intervenciones tenían implicancia reales en el presente y el futuro de la comunidad que integraban. En segundo lugar, a raíz de las distintas discusiones que expusimos sobre el desarrollo y/o el subdesarrollo en la región, empezó a tomar consistencia el debate más importante del período asociado con determinar el carácter feudal o capitalista de América Latina, al cual nos abocaremos a continuación, porque conocida la naturaleza, con la mayor exactitud posible, sería posible diagramar las estrategias a seguir en pos de construir un futuro distinto para el conjunto regional. Antes de avanzar sobre esta cuestión, entendemos que dicho debate se basa en una consideración más amplia sobre los procesos latinoamericanos que tiene que ver con la tesis de Florestan Fernandes sobre la “arcaización de lo moderno” y la “modernización de lo arcaico”, es decir, que en nuestras latitudes la dialéctica entre ambos elementos constituyen el eje de nuestra historia, sin lograr imponerse definitivamente uno sobre el otro (Fernandes, 1985).

Capítulo III: ¿feudalismo o capitalismo? Esa es la cuestión

I-Prolegómenos

En Hamlet, el príncipe danés dio a conocer la culpabilidad de su tío Claudio por medio de una obra de teatro, por medio de una representación; en una dirección similar, las discusiones planteadas sobre la naturaleza de Argentina y América Latina, eran la representación de una problemática más concreta, pero no menos difícil de desentrañar: las características de la clase dominante que se retroalimentaba con la condición económica de la región. Como ha señalado Terán, “La revista *Fichas* llevó a este terreno y con análoga perspectiva teórica una aguda ofensiva destinada a impugnar todo carácter eventualmente progresista depositado en la burguesía local [...]” (TERÁN, 2013: 106). En esta dirección, es importante destacar la influencia que tuvieron las ideas de Peña en el ámbito nacional ya que fueron “[...] una crítica política y metodológica del proceso que conduce a ciertos grupos izquierdistas a proyectar sus deseos sobre la realidad, confundiéndolos con ella, una revelación de la relativa autonomía de la teoría frente al politicismo [...]” (TARCUS, 1996: 410). En resumidas cuentas, la pregunta sobre la determinación de la clase dominante fue central porque sobre ella se depositaban, o no, las esperanzas de superar la situación regional.

En su último artículo publicado en la revista previamente mencionada, el pensador argentino dejó en claro dónde se encontraba el meollo para dilucidar la incógnita expuesta: debíamos profundizar en la colonización española porque era el origen de la situación contemporánea.²⁰ De acuerdo a su interpretación, “La colonización española cortó, desde luego, toda posibilidad ulterior de desarrollo autónomo, pero aportó, simultáneamente, un sistema de producción superior, incorporando a América Latina al mercado mundial” (PEÑA, 1966A: 39). Dicho en otros términos, y retomando parte de las teorizaciones anteriores, la integración de Argentina y la región latinoamericana fue la que obturó un posible desarrollo industrial debido al lugar al que quedaron relegadas, o sea, a su condición como zona periférica. Al igual que Bagú, según Peña, el asentamiento del sistema colonial fue enteramente capitalista; incluso, las potencialidades del Río de la Plata podrían pensarse mejores que la de las colonias norteamericanas asentadas en la costa atlántica debido a la mejor dotación de ciertos factores de producción, pero, paradójicamente, la abundancia predominante en la región fue la que desmotivó los intentos de industrialización debido a que

²⁰ En este sentido, es importante remarcar que no fueron extraños los estudios o corrientes históricas relacionadas con el pensamiento político que enfatizaron en la diferencia entre los antiguos dominios ingleses y los españoles, cuyos orígenes determinaron la bifurcación de los caminos que finalmente siguieron (PALTI, 2007: 26-36).

los grupos dominantes podían contar con todos los recursos al alcance de la mano sin necesidad de inversión, riesgo, etc (PEÑA, 1966A: 49). En definitiva, para entender el atraso argentino, había que leer su primer capítulo, el español, porque era el inicio; además, para los historiadores del período, la indagación sobre Latinoamérica era un verdadero desafío respecto de la inserción en la historia occidental (TARCUS, 1996: 116).

Esta interpretación de Peña fue una de las primeras de la izquierda argentina que confrontó directamente con la tesis feudal, sostenida, por ejemplo, por el Partido Comunista, a partir de 1929: “La caracterización correspondiente al giro ‘ultraizquierdista’ del comunismo internacional adopta en América Latina la definición predominantemente ‘feudal’ de las formaciones sociales y la determinación de una correspondiente revolución agraria y antiimperialista que realizase las ‘tareas’ democrático-burguesas” (ACHA, 2009: 143). La proyección feudal partía de la idea de que en estas latitudes no estaban dadas las condiciones propias de una sociedad capitalista desarrollada y tuvo su correlato político en una percepción relativamente favorable sobre el papel de la burguesía ya que debía llevar a cabo las tareas correspondientes a la democracia burguesa y sus supuestas ventajas políticas y económicas.

A nivel latinoamericano, para denominarlo de alguna manera, el paradigma feudal tuvo en José Carlos Mariátegui uno de sus principales defensores. De acuerdo al pensador peruano: “La democracia burguesa y liberal pudo ahí echar raíces seguras, mientras en el resto de América del Sur se lo impedía la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad” (MARIÁTEGUI, 1996: 4). Es interesante la cita en cuanto a que marca una diferencia entre regiones debido a que en aquellas del sur, Argentina principalmente, sí fue posible el progreso de formas políticas y económicas más desarrolladas que en otros lugares, como los países andinos, donde predominaba el gamonalismo y otros elementos que denotaban atraso y lo asemejaban al sistema feudal debido a la analogía con las formas de dominación ya que, entre otras cuestiones, la población no tenía libertad de movimiento porque se encontraban sujetas a los designios de los dueños de la tierra y el poder político de turno no tenía la capacidad de lograr homogeneidad en su territorio.

Esos elementos de atraso fueron conceptualizados como la contracara necesaria del sistema capitalista ya que habían sido, como apreciamos precedentemente, las condiciones necesarias para el desarrollo del mismo. Por ejemplo, la perpetuación del yaconzago y el *enganche*, como formas de explotación de mano de obra no capitalistas, sólo fue posible en la medida en que las leyes del Estado no eran válidas para el latifundio (MARIÁTEGUI, 1996: 41). Por lo tanto, podríamos pensar un caso similar al de las soberanías, si se nos permite la

licencia temporal, fragmentadas propias de la Edad Media ya que el poder del Estado no era recibido en las grandes propiedades de la sierra y la costa peruanas que se desempeñaban de acuerdo a sus necesidades.

En el ámbito nacional, uno de los principales referentes de la tesis feudal sobre América Latina fue Rodolfo Puiggrós. El historiador argentino, militante del Partido Comunista hasta su expulsión y adhesión al peronismo, en *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, sostuvo que:

La razón principal de la cristalización de los partidos Socialista y Comunista de la Argentina en el estado de secta radica en que nunca fueron capaces de asociar las causas externas con las causas internas, ni hacer que las causas externas fueran absorbidas por las causas internas, ni que el socialismo se realizara partiendo de las condiciones materiales del desarrollo social argentino, ni entrar en los grandes movimientos de masas como causas internas para conducirlos hacia la liberación nacional y la emancipación social (PUIGGRÓS, 1986: 35).

Las objeciones dirigidas a los partidos tradicionales de la izquierda argentina estaban asociadas con que no habían logrado ninguna proyección política ya que no habían sido capaces de advertir las condiciones locales, dentro de ellas, el predominio del feudalismo como estructura social y económica. Para el historiador argentino, la cuestión tenía un fondo más complejo ya que “La burguesía comercial de las ciudades españolas e italianas tendió, sin proponérselo, el puente por el cual el feudalismo se transplantó de España a América” (PUIGGRÓS, 1957: 19). Dicho en otras palabras, América Latina era feudal, característica que podemos apreciarla en la mano de obra o las propiedades territoriales, y ello desde su origen porque fue lo que sentó España en su expansión ultramarina la cual, paradójicamente, contribuyó al desarrollo del capitalismo occidental.

De estas observaciones se desprende su posterior acercamiento al peronismo porque el objetivo de Puiggrós era conocer por qué no se había producido el desarrollo capitalista y liberal en el país y en la región, en esta dirección, el peronismo aparecía como la posibilidad de lograr los cambios necesarios para emplazar cualquier tentativa de revolución socialista en un futuro (MYERS, 2002: 223). Una de las principales plataformas desde las cuales escribió el autor con el que estamos trabajando fue la revista *Argumentos*, desde la cual se exponía una

visión que sostenía que lo que restaba por cumplir en el país era una revolución democrático-burguesa (ACHA, 2009: 156).

Planteado el problema en esta sintonía, para Puiggrós era viable la conjunción entre el marxismo y el nacionalismo, casi como sinónimo del peronismo, ya que el primero pregonaba por los cambios sociales y el segundo por la emancipación nacional, en consecuencia, eran más complementarios que excluyentes (PUIGGRÓS, 1985: 77). Asimismo, es interesante remarcar la temprana objeción al Estado liberal en tanto que era incapaz de canalizar las demandas de las masas que empezaban, desde el ascenso de Yrigoyen, a tener mayor gravitación en la escena nacional (PUIGGRÓS, 1985: 205). Disociación que fue finalmente resuelta, aunque de forma temporaria, por el peronismo en el poder. En vistas de los dos procesos mencionados, lo que permitió la amalgama entre la visión de Puiggrós y el peronismo fue la centralidad otorgada al imperialismo como la causa de la mayor parte de los problemas que aquejaban al país, cuestión que fue compartida por una parte importante del espectro de las izquierdas en la región (TORTORELLA, 2008: 114). Por lo tanto, la revalorización del peronismo que, dentro de otros elementos, puso en cuestionamiento la partidocracia y la injerencia imperialista, denunciadas en las consideraciones anteriores, por derivación, no fue extraña a cierta valorización de la violencia como un mecanismo válido para imponer los cambios necesarios porque no existía otro camino (TORTORELLA, 2008: 121).

Finalmente, Puiggrós terminó por acercarse al peronismo y se produjo su expulsión del Partido Comunista, aunque su vinculación con dicho espacio político no estuvo exenta de cuestionamientos, por ejemplo, la negativa a una reforma agraria por parte del gobierno de Perón, la cual era una de las reformas demandadas más urgentes de atender (ACHA, 2009: 174).²¹

Lo que nos interesa destacar de las interpretaciones que pudimos apreciar sobre el carácter feudal de Argentina y de América Latina es la derivación política que tuvo la misma ya que, una vez conocidas las condiciones, era posible proyectar las políticas concretas para superar la situación de atraso en la que se encontraban como parte de ella. Muchos de los conceptos que hemos expuesto en este apartado serán retomados por Peña en sus consideraciones sobre el futuro.

²¹ Si volvemos a los aportes de Tortorella, las limitaciones revolucionarias del peronismo son más amplias debido a que involucran el carácter capitalista del Estado, la fuerza de la burguesía y los terratenientes, el paternalismo, entre otros aspectos (TORTORELLA, 2008: 126).

II-Cuando el pasado se convierte en presente

Uno de los puntos más destacados de las discusiones sobre la condición de América Latina y Argentina fue la relevancia que adquirió la historia como una forma para entender la situación vigente. Particularmente, en el campo de la izquierda, la Revolución rusa fue determinante ya que se constituyó como acontecimiento que marcó un punto de inflexión en la historia porque demostraba que era posible torcer el curso de la misma y que no seguía un camino recto y unívoco; aunque, en algunos casos, el peso de las estructuras sería más determinante de lo que se pensaba originalmente.

Como pudimos apreciar anteriormente, las categorizaciones de Peña fueron tributarias de las ideas de Bagú; siguiendo con este orden, Peña calificó la economía del Río de la Plata al momento de la colonización española como *capitalismo de factoría* “[...] que, a diferencia del feudalismo, no produce en pequeña escala y ante todo para el consumo local, sino en gran escala, utilizando grandes masas de trabajadores, y con la mira puesta en el mercado; generalmente el mercado mundial [...]” (PEÑA, 1966A: 42). Expresado en otras palabras, la colonización de América se dio bajo un orden claramente capitalista, en franca disidencia con lo que planteaban las tesis feudales, iniciando así un ciclo de *desarrollo desigual y combinado*, a diferencia de lo que había sucedido en Norteamérica porque América Latina vivió, y vive, fundamentalmente en función del mercado mundial, y cuanto más crece, más se acentúa esta característica, que en rasgos generales la independencia de España logró acelerar. La vinculación con el mercado internacional era inevitable y fue la que aceleró el proceso de desigualdad entre las regiones desarrolladas y aquellas que no.

La idea de *desarrollo desigual y combinado* que retoma Peña ya había sido presentada por Trotsky en los siguientes términos:

El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con la que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del *desarrollo combinado*, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a

la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas (TROTSKY, 2015: 31).²²

Una de las consecuencias más relevantes del principio que expusimos fue que para llegar al socialismo no era necesaria la maduración del capitalismo, con todo lo que ella implicaba (TARCUS, 1996: 345). Antes de proseguir, detengámonos en los aportes del revolucionario soviético para entender la condición latinoamericana:

En primer lugar, Trotsky descartó de plano el carácter feudal de estas sociedades, y tendió a pensar el atraso en los términos del propio desarrollo capitalista [...] En segundo lugar, Trotsky aportaba una concepción mucho más realista sobre las clases dominantes latinoamericanas, tan distante de la posición de la IC entre 1928 y 1935 que sostenía su virtual “inexistencia” [...] Finalmente, [...] para Trotsky, el programa de la revolución agraria sólo podía ser llevado adelante por medio de una alianza obrero-campesina que, sin detenerse en la “etapa” agrario-democrática, impulsara la transformación revolucionaria de estas sociedades en el sentido socialista (TROTSKY, 2015: 71).

La lectura del líder del Ejército Rojo, basada a grandes rasgos en los aspectos que expusimos, sostenía, tempranamente, la interpretación que luego fue compartida o recuperada por las teorías de la dependencia sobre el desarrollo desigual del capitalismo como tal. En consecuencia, desde la visión de los bolcheviques, el sistema capitalista era uno solo, más allá de las diferencias entre las regiones que lo componían, por lo tanto, la revolución era única y global, aunque la historia sofocaría los intentos de un levantamiento europeo, sobre todo tras el fracaso de los alzamientos en la República de Weimar a principios de la década de 1920.

Por otra parte, uno de los legados más trascendentes de la visión de Trotsky, luego recuperada por Peña, fue que puso en tela de juicio la capacidad revolucionaria de la burguesía porque la misma, primero, no era homogénea, más allá de ser una única clase, ya que el desarrollo del capitalismo no era idéntico y, segundo, debido a que las clases

²² Aquí tomamos como referencia la lectura de Trotsky sobre la revolución rusa, sus causas y consecuencias, pero hay otras que valen la pena tener en consideración debido a la difusión que han tenido y conservan en la actualidad. Al respecto, véase Fitzpatrick, Sheila, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, en tanto uno de los estudios académicos más recientes; y Reed, John, *10 días que estremecieron al mundo. I y II*, Buenos Aires, Sol90, 2012, como una de las crónicas más destacadas del proceso revolucionario.

dominantes de los sectores periféricos se beneficiaban con la condición de marginalidad en la que se encontraban las economías locales. Por lo tanto, las tareas revolucionarias debían pasar por alto a una clase que era incapaz de superar las limitaciones de la sociedad anterior y que en casos donde estaban en juego sus mismos beneficios no había dudado en reprimir a los obreros, como bien demostraron los acontecimientos de la comuna de París en 1870 (TROTSKY, 2015: 37 y 463).²³

Esta lectura sobre la burguesía fue retomada por Peña y relacionada con la herencia española en América Latina y Argentina debido a que, a diferencia del proceso que tuvo lugar en Norteamérica, en estas latitudes no había una burguesía pujante e innovadora dispuesta a romper con el atraso de cuño español porque no era una burguesía industrial (PEÑA, 2012: 39).²⁴ Aunque fueron determinantes en la acumulación del capital para el posterior desarrollo del capitalismo occidental, siguiendo la clara referencia de Marx como vimos más arriba.

Más allá de la posición de América Latina en la economía internacional y las consecuencias de allí derivadas, Peña, siempre siguiendo a Marx y a Trotsky, enfatizó en otro elemento destacado para entender la suerte del capitalismo local, que fue la dificultad de crear un mercado interno, ya presente en Castilla, que obturó la consolidación de la burguesía porque no tenía un lugar estable al cual volcar sus recursos ni para el cual producir (PEÑA, 2012: 53-54). En definitiva, la burguesía local se estructuró en torno a la producción y exportación primaria, pero con la característica de que dio resultados económicos sumamente favorables, así “La Pampa alumbró una civilización del cuero –que luego fue de la carne– tan próspera pese a su carácter atrasado que hasta obnubiló la conciencia de que se trataba de un país atrasado, haciendo concebir la ilusión retrograda de que con vacas podía construirse una gran nación moderna” (PEÑA, 1966A; 50). Desde el inicio de nuestra organización económica se presentaron elementos asociados con la dominación española que ocluyeron la posibilidad de un desarrollo industrial certero con el paso de los años, cuestión que tuvo su punto más álgido hacia fines del siglo XIX. A continuación nos abocaremos a ella.

²³ No olvidemos que Marx y Engels ya habían dado cuenta de esta cuestión en el *Manifiesto comunista* (MARX Y ENGELS, 2012: 67).

²⁴ En esta dirección, el origen feudal de América Latina está enraizado en la colonización feudal, valga la redundancia; no obstante ello, debemos tener en consideración la complejidad del capitalismo en España, más precisamente en Castilla ya que no fue tan evidente como suele ser presentado en las interpretaciones más lineales. Al respecto, véase Astarita, Carlos, *Del feudalismo capitalismo. Cambio social y político en Castilla y Europa Occidental, 1250-1520*, Valencia-Granada, Universitat de Valencia y Editorial Universidad de Granada, 2005.

Capítulo IV: La pesada herencia

I-Pseudoindustrialización

De la relación entre la metrópoli y la colonia, embebida en Bagú, nació un nuevo concepto de Peña para explicar la condición argentina, siempre en relación al rasgo dependentista, la idea de *pseudoindustrialización*. En el número 4 de *Fichas* decía:

En fin, los terratenientes saben que el crecimiento industrial les brinda un mercado interno seguro, que valoriza sus productos y, asegurándoles en cierta medida contra las fluctuaciones del mercado mundial, les permite negociar en mejores condiciones la venta de sus productos al comprador metropolitano [...] La vinculación financiera entre ambas clases [los industriales y los terratenientes], por la territorialización de la ganancia industrial y la capitalización de la renta agraria, hacen el resto en cuanto a la soldadura de sus intereses económicos (PEÑA, 1965B: 3).

Antes que nada, es importante considerar que era un fenómeno que involucraba a toda América Latina, era resultado de la configuración capitalista que analizamos, que subyugaba al continente a los designios de los países más desarrollados y, por último, mantuvo parámetros de atraso en la región, entre los más importantes, la escasa composición técnica del capital, la falta de innovación agraria, etc (TARCUS, 1996: 323). Ahora bien, si desglosamos el concepto mencionado, nos topamos con los siguientes rasgos. En primer lugar, aparece en escena la alternativa de conformación de un mercado interno, pero debemos pensar que no fue un programa adrede y vinculado con un intento de industrialización relativamente consistente, sino como la única alternativa posible frente a los cambios económicos.

En segundo lugar, el autor expuso una clara revisión de las teorías, como la de Puiggrós, que sostenían la posibilidad de que exista una alianza entre los sectores populares y la burguesía industrial, que para el caso argentino fue asociada con el peronismo, para superar el atraso imperante, del cual eran responsables los grupos más concentrados que se dedicaban a la producción y exportación primaria. De acuerdo a la lectura de Peña, esas facciones de la burguesía no eran opuestas, sino todo lo contrario, ya que sus intereses se complementaban y estaban compuestas por los mismos integrantes.

En tercer lugar, se manifiesta el problema sobre cuál era la capacidad de acción de la burguesía, una problemática que será más amplia ya que, como veremos, también fue un problema relacionado con la clase obrera. Antes que nada, la facción de la burguesía nacional ligada a las actividades de exportación era la que sustentaba el desarrollo desigual de la región porque los beneficios económicos que se extraían eran sumamente altos, por lo tanto, no había necesidad de industrialización hasta, como apreciamos en el primer capítulo, la crisis de 1929 que literalmente obligó a la misma. Ambos sectores de la burguesía buscaban obtener el máximo de una tasa de ganancia parasitaria.

Entonces, debido a la incorporación de Argentina al capitalismo internacional, el país quedó reducido a una posición periférica y dedicada a la producción y exportación primaria, en el marco del *desarrollo desigual y combinado* del capitalismo. A nivel interno, ese tipo de desarrollo se tradujo en la coexistencia de dos facciones de la burguesía diferenciadas, los terratenientes y los industriales, pero que mantenían un tronco de origen en común; sin embargo, dicha divergencia no fue sinónimo de exclusión ya que, desde la interpretación de Peña, estaban relacionadas porque los industriales surgieron al calor de la organización en torno a la exportación primaria debido a que la industria se consolidó al calor de los intereses exportadores, como pudimos apreciar con el Plan Pinedo.

Ahora bien, más allá de las negativas a los cambios, ¿qué otro factor desmotivó la tentativa de industrialización? Aquí es donde aparece en escena el imperialismo. Una de las definiciones más recurridas sobre dicho fenómeno es la que aportó Lenin y fue retomada por parte de la izquierda occidental: la idea de que el imperialismo, en tanto la etapa final del capitalismo, pone en evidencia las contradicciones propias del sistema, por ejemplo, “Ahora el monopolio es un hecho. Los economistas escriben montañas de libros en los cuales describen manifestaciones aisladas del monopolio y siguen declarando a coro que *el marxismo ha sido refutado*” (LENIN, 2005: 21). El imperialismo sería la personificación del propio sepulturero porque las mismas condiciones que habían hecho posible la expansión del capitalismo, eran las que lo ponían a prueba. Tengamos en cuenta que en *El capital*, Marx expuso que la centralización y la concentración son fenómenos potenciales derivados de la lógica del capital como resultado de la competencia por la cual los capitalistas luchan para obtener un porcentaje más elevado de la tasa de ganancia (MARX, 2015: 558). En consecuencia, no sería un fenómeno ajeno a las teorizaciones de Lenin, pero el enfoque del dirigente soviético se produjo en un contexto donde el imperialismo presentaba “[...] de un lado, los grandes países imperialistas, industrializados, fuente del capital monopolista y de la

exportación de capitales; de otro, las colonias, resultado de la expansión mundial de los primeros sobre la periferia no capitalista” (TARCUS, 1996: 66). La diferencia expuesta se erguía como un diagnóstico bastante acertado sobre la situación global y, particularmente, del lugar que tenían los países latinoamericanos.

El enfoque de Lenin, primero, no era nuevo para su época porque muchas de las problemática expuestas ya habían sido trabajadas por otros teóricos relevantes del período, como Rudolf Hilferding. Siguiendo con las contradicciones que son propias de la última instancia del sistema capitalista, la característica distintiva del capitalismo fue su potencial productivo, desconocido hasta ese entonces; empero, en la época del imperialismo, el capital industrial había sido reemplazado por otra forma: el capital financiero, posible gracias a los bancos y los monopolios que habían ayudado a que dicho sistema tomara escala global, acentuando el rasgo especulativo.

Segundo, dicha intervención intelectual tuvo una derivación política evidente, más allá del llamamiento al socialismo, que fue la defensa de la autodeterminación de los pueblos. Dicho de otra forma, el imperialismo amparó las expansiones de los países más desarrollados que se impusieron sobre aquellos menos avanzados en pos de aumentar sus beneficios, lo cual involucró la subyugación de dichos países imposibilitando su desarrollo.²⁵ Situación de la cual no estuvo exenta la Argentina porque las clases dominantes nacionales se erigieron al calor de la influencia imperialista, tanto los terratenientes como los industriales (PEÑA, 1965B: 5). En resumidas cuentas, nos topamos con una clase dominante sin ningún potencial de acción para romper con la situación imperante ya que se veía beneficiada por la misma, condición que parecía extenderse a perpetuidad, siempre y cuando se sostuviera el sistema económico que la beneficiaba. Este sería el gran problema de la clase dominante argentina y latinoamericana, sus incapacidades para romper con la condición vigente, por eso mismo, la *visión trágica* sobre la historia que caracterizó a Peña porque en ésta “[...] no caben modelos a seguir, no hay una opción más ‘progresista’ que otra, no hay linaje revolucionario a retomar” (TARCUS, 1996: 192). Dicho en otras palabras, el análisis sobre la historia y el presente regional demostraba que no había una posibilidad efectiva que tomar para superar la situación de atraso que parecía perpetuarse para el país y el continente.

²⁵ En esta dirección, Lenin cuenta con una serie de escritos en los cuales se declaraba a favor de la autodeterminación en el marco de la lucha socialista. Al respecto, véase Lenin, V. I., *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, varias ediciones.

Ahora bien, en este punto, podemos aventurar que nos acercamos a cierta contradicción en la lectura de Peña ya que plantea que el desarrollo industrial autónomo es imposible, pero, al mismo tiempo, éste constituye su horizonte, es decir, es la única posibilidad para superar el atraso imperante en el país, si bien no es definitivo, sí queda como la única opción plausible.²⁶ El eje de la cuestión giraba en torno a la acción de los terratenientes ya que eran el sector más dinámico de la economía nacional:

Mientras las metrópolis compran sus productos a buen precio, los terratenientes son fieles amigos de la misma y sus entusiastas aliados, llegando a actuar como la quinta columna imperialista en detrimento de todos los intereses burgueses de la nación, e incluso de los sectores más débiles de la propia clase terrateniente. Cuando ocurre lo contrario, y en especial durante las crisis, los terratenientes reclaman medidas antiimperialistas llegando, incluso, a pedir la expropiación de empresas imperialistas (PEÑA, 1965B: 8).

De acuerdo a la lectura de Peña, la industria nacional surgió de las acciones de la clase terrateniente y su relación con el imperialismo ya que, cuando la situación era favorable para las exportaciones, no había tentativa de fomentar el proteccionismo y la industria; mientras que, cuando el contexto económico era regresivo, sobre todo a partir de la crisis de 1930, empezó a reclamar otro tipo de políticas económicas. Pero, para agregar mayor complejidad a las cosas, la industrialización no fue tal, sino que fue una *pseudoindustrialización* porque esa burguesía industrial buscó explotar el mercado interno como última opción y no avanzar sobre la veta ligada al mercado externo (PEÑA, 1965: 15). Además, para el caso, este proceso de *pseudoindustrialización* tuvo un actor en particular que le dio impulso, las Fuerzas Armadas, que contribuyeron a dicho fenómeno, aunque manteniendo ciertas limitaciones que la alejaban de cualquier panacea emancipadora, por ejemplo, el respeto a la propiedad privada (PEÑA, 1965B: 16).

Sin embargo, si retomamos a Chiaramonte, podemos aseverar que: “Forzar una realidad histórica como la de la Argentina de los años 70 [1870], con el afán de encauzarla

²⁶ Podemos tomar como visión alternativa a la que estamos desarrollando, la lectura de Chiaramonte. De acuerdo al historiador argentino, las políticas proteccionistas que favorecieron la industria recién en 1875 encontraron una propuesta sólida (CHIARAMONTE, 1986: 16). En este sentido, conociendo que el programa de Vicente Fidel López fracasó, puede pensarse que una de las causas estuvo en los apoyos de las clases que se verían favorecidas o perjudicadas por los cambios en la política económica. Por lo tanto, entendemos que Chiaramonte tiene una visión que sostiene la existencia de dos clases antagónicas más que la imbricada relación entre las distintas facciones de una misma clase dominante (CHIARAMONTE, 1986: 27).

plenamente por un desarrollo de tipo capitalista independiente, es el núcleo programático del grupo industrialista, que apela al proteccionismo como paso inicial y a las reformas políticas democráticas como forma de ese proceso” (CHIARAMONTE, 1986: 175). En este caso, nos encontramos con un enfoque historiográfico que sostiene una visión más positiva respecto de las posibilidades de industrialización ya que existieron propuestas que así lo manifestaron, aunque la presentación del programa de Vicente F. López, tal vez el más conducente de éstos, haya sido relativamente circunstancial y desechado tras el rechazo a la ley de aduanas de 1875 que tenía como objetivo el aumento de impuestos a los bienes importados (CHIARAMONTE, 1986: 203).

1890 fue el punto de inflexión en el incipiente y limitado proceso de industrialización porque, primero, puso en evidencia las diferencias entre las clases dominantes, más allá de que conformaban una sola y, segundo, debido a que se hacía sentir cada vez más la demanda de participación de las clases subalternas que eran cada vez mayores. Por lo tanto, “La verdad es que el [levantamiento] del 90 fue un movimiento oligárquico y fue también un movimiento de defensa nacional” (PEÑA, 1966B: 3). Es decir, que fue la misma oligarquía la que actuó en defensa de la soberanía nacional, pero, ¿no estaríamos frente a una contradicción? ¿no era que la clase dominante argentina era absolutamente extranjerizante porque sus ganancias devenían de su vínculo con el capital extranjero? No, no estamos frente a una contradicción porque, en primer lugar, lo que estaba en juego era el control de las decisiones económicas que, más allá del grado de sujeción a los capitales extranjeros, seguían perteneciendo a la clase dominante y, en segundo lugar, las oligarquías provincianas no tenían el mismo grado de participación que las del Litoral y Buenos Aires y, en consecuencia, dependían de las partidas del gobierno central (PEÑA, 1966B: 8). En este sentido, podemos ver, retomando las teorizaciones de Cardoso y Faletto, que la economía argentina era una economía de control nacional y no de enclave porque eran los grupos locales los que tomaban las decisiones económicas. Por lo tanto, el único antiimperialismo que pudo surgir en el territorio nacional era un *antiimperialismo cojo*:

Apresurémonos a señalar las limitaciones del antiimperialismo, el cual desemboca inexorablemente en una vía muerta. Se trata básicamente de las limitaciones de la clase más poderosa dentro del conglomerado de los productores nacionales, es decir, los estancieros bonaerenses. El antiimperialismo cojo de esta clase era puramente defensivo y

de signo negativo; consistía en tratar de impedir que el capital financiero internacional avanzara más allá de cierto punto en su control sobre el país (PEÑA, 1966B: 12).

Tan efímero como incapaz fue el antiimperialismo nacional ya que no tenía como objetivo una política claramente opositora a los lineamientos extranjerizantes de la economía local, sino sólo protestar en favor de mantener cierto control de las actividades y las decisiones locales. De hecho, el único nacionalismo posible en esta época a nivel interno fue el que encabezaron personajes como Aristóbulo del Valle, entre otros, que reconocían a los productores locales, por ejemplo, pero siempre mantuvieron una visión condescendiente con el imperialismo (PEÑA, 2012: 375).

Es más, llegada la década de 1930, los problemas relacionados con la *pseudoindustrialización* y la débil defensa de los intereses nacionales seguían siendo persistentes a nivel nacional, alcanzando uno de sus puntos más destacados con el lanzamiento del Plan Pinedo que, más allá de cualquier objetivo de industrialización, tenía como intención primaria mantener la posición de la oligarquía en el medio de las turbulencias generadas por la crisis de 1930 (PEÑA, 2012: 460). Nuevamente, lo que aparecía en primera plana eran las diferencias al interior de una misma clase dominante, donde se terminó imponiendo -en realidad nunca había dejado de ostentar la hegemonía- la facción ligada a la exportación que intentó sostener hasta el último momento la alianza con Gran Bretaña, incluso cuando era evidente que el ordenamiento internacional estaba virando hacia Estados Unidos; es decir, que estamos en presencia de un conflicto por la hegemonía al interior de una única clase dominante. En cierta forma, el Pacto Roca-Runciman abalaba este aspecto porque “Los estancieros de Buenos Aires, viendo peligrar la base de su riqueza, envían a Inglaterra una misión encabezada por el Vicepresidente de la Nación, Julio A. Roca, y por un abogado de los ferrocarriles ingleses a quien la Corona británica había premiado con el título de Sir” (PEÑA, 1965C: 53). Nos encontraríamos frente a un acto de pura desesperación de la clase dominante que lo único que buscaba era mantener a cualquier precio sus beneficios, incluso a costa de cierta reorganización de la economía nacional a futuro.

Finalmente, llegaríamos a una situación extrema y única debido a que el país se encontraba subyugado a un doble imperialismo, porque “A consecuencia del Tratado Roca-Runciman, en la medida en que acentuaba el control británico sobre la economía nacional, perdía posiciones el imperialismo norteamericano. El cerrado bilateralismo con Gran Bretaña

reducía a niveles mínimos las compras en Estados Unidos” (PEÑA, 1965C: 54). Más allá del reconocimiento a Inglaterra, también Estados Unidos se hacía pesar en el territorio. En resumidas cuentas, sólo se consolidó la *pseudoindustrialización* porque la industria local era el resultado de las acciones de la clase dominante para mantener sus ganancias en un contexto internacional que estaba cambiando y volviéndose adverso (PEÑA, 1965C: 55). En este punto, es interesante resaltar la relevancia que había adquirido el imperialismo en el universo intelectual de mediados del siglo XX ya que era uno de los conceptos que mejor cohesionaban los problemas pasados y presentes de la Argentina debido a que “[...] el imperialismo se fue perfilando como la categoría capaz de explicar una porción fundamental de la historia nacional, y desde entonces el discurso antiimperialista casi no se verá porque, como Dios, estará en todas partes” (TERÁN, 2013: 168). De hecho, el mismo Fidel Castro expuso una interpretación que podemos pensar siguiendo esta idea: “Ni una sola iniciativa valiente ha sido dictada. Batista vive entregado de pies y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo, por su mentalidad, su carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de fe, la confianza y el respaldo de las masas” (CASTRO, 2005: 92). Más allá de las referencias a la figura de Batista, lo que estaba por detrás de las acciones del dictador y los destinos de la isla eran los intereses de los países imperialistas, especialmente de uno solo, Estados Unidos, que dictaba la suerte del pueblo cubano.

Pero, así como era la causa de los problemas que atravesaba el país, también fue una de las motivaciones y vinculación política e intelectual de Argentina con América Latina. “El antiimperialismo se convirtió en una idea-fuerza, y la apelación a los designios imperiales sirvió como funcional fundamentación para explicar todos los males latinoamericanos [...]” (TERÁN, 2013: 171), siempre teniendo en cuenta las implicancias de la Revolución cubana en el marco regional como una posibilidad concreta de superar los atrasos vigentes, torcer el brazo del imperialismo y, sobre todo para el campo trotskista, la rápida radicalización de la revolución en cuestión “[...] parecía confirmar, en cambio, la estrategia trotskista de la revolución permanente” (TARCUS, 1996: 362). Sobre el concepto mencionado profundizaremos más adelante, pero lo que nos interesa remarcar ahora tiene que ver con la impronta adquirida por los sectores populares como los actores predilectos de los acontecimientos de cambio.

II-El cierre de los caminos

En cuanto a las ideas que venimos desarrollando hasta ahora, desde la interpretación de Peña, no tendríamos la posibilidad de contemplar un camino distinto al que finalmente

siguió la economía argentina y latinoamericana debido al peso del imperialismo y las metrópolis, sobre todo de Gran Bretaña, en el proceso de organización de la economía nacional; dirección que fue unívoca a lo largo del siglo XIX porque

La revolución burguesa –como toda revolución social– significa la expropiación de antiguas clases dominantes, la modificación de las relaciones de propiedad, el ascenso de nuevas clases al poder. Nadie en América Latina tenía el interés de introducir estos cambios, y menos que nadie la burguesía comercial, y por supuesto nada de esto significó la independencia. La revolución democrático-burguesa no puede darse sin la presencia de una clase burguesa con intereses nacionales, es decir, basada en la existencia de un mercado interno nacional –no puramente local–, una clase que tenga urgencia para aplicar sus capitales a la industria (PEÑA, 2012: 90-91).

El siglo XIX fue la centuria en el cual se conformó esa mínima industria nacional debido al proceso que mencionamos. Lo que nos interesa destacar son los siguientes puntos: en primer lugar, era inexorable la ausencia de una burguesía similar a la de otros países debido a la injerencia del imperialismo y porque no existía una burguesía industrial como resultado del proceso de colonización española y, en segundo lugar, fue común a toda Latinoamérica. En nuestro caso, “El movimiento de Mayo no fue la culminación visible, dirigida por las clases privilegiadas, de un vasto movimiento de masas que presionaba desde abajo [...] Así ocurrió también en todo el resto de América Latina” (PEÑA, 2012: 98). La situación no fue única para nuestro país ya que también aquejó a gran parte del continente porque toda Latinoamérica fue presa del imperialismo, marcando a futuro la suerte de toda la región, más allá de la apariencia emancipadora de algunos movimientos políticos, como el artiguismo; en última instancia fueron los sectores más pujante, en ascenso, los que encabezaron las independencias en la región.

Además de las cuestiones económicas asociadas con la industria, podemos apreciar que el aspecto político fue destacado en este camino debido a que profundizó los elementos de atraso que persistieron en el tiempo. En esta dirección, el estudio de algunas de las principales figuras del período fue la clave para entender un poco más la suerte del país condensada por el peronismo. Como ya vimos, de acuerdo a la lectura de Peña, el siglo XIX argentino fue el período de la *civilización del cuero* cuyas derivaciones persistieron en el tiempo, en

consecuencia, en este plano, creemos importante remarcar el fuerte componente histórico de las interpretaciones de Peña, más que de algunos escritos de coyuntura.

En primer lugar, el caudillismo fue el fenómeno político más destacado en Argentina de este período debido a que fue determinante porque presentaba elementos persistentes a futuro ya que “Los caudillos era jefes bonapartistas –se dirían hoy– de las clases dominantes del Litoral y del Interior en lucha contra la oligarquía porteña” (PEÑA, 2012: 124). Estamos frente a antecedentes que darían cuenta de que este tipo de figuras no eran una novedad absoluta del peronismo porque ya habían existido en otros momentos de la historia argentina y, en segundo lugar, las masas predilectas que se dejaban conducir eran las que provenían del interior del país, justamente las que menos de un siglo después conformarían la base social y política del peronismo. Por otra parte, los sectores populares en cuestión habían logrado alcanzar cierta trascendencia en el ámbito nacional debido a la movilización generada por las guerras de independencia y, más todavía, con los conflictos que se produjeron durante las décadas posteriores (PEÑA, 2012: 154). En consecuencia, dichos sectores mayoritarios ya contaban con cierta tradición de presión, la cual nunca pudo ser resuelta por los medios institucionales y, finalmente, encontró una canalización definitiva con el peronismo que, para los opositores representaba una clara falencia institucional.

Ahora bien, estaríamos frente a la siguiente encrucijada porque, por un lado, tenemos masas que se movilizan e influyen en la política nacional y, por el otro lado, sectores oligárquicos que logran la adhesión de las mismas, pero no constituyen una alternativa a los sectores dominantes de Buenos Aires, entonces, ¿cuál fue la llave que permitió esa unión? Aquí es donde entra en escena, como ya vimos más de una vez, el fenómeno imperialista.

El rasgo decisivo del imperialismo capitalista es la exportación de capital, *en este sentido recién puede hablarse de una política imperialista de contenido capitalista a partir, más o menos, de 1870*. La característica del imperialismo es que adquiere la propiedad de los medios de producción o de cambio en otros países, transfiriéndolo a la metrópoli como cosa propia. No era este el tipo de explotación que practicaba Inglaterra en la Argentina antes de 1860. La explotación se ejercía a través del comercio [...] (PEÑA, 2012: 130)

He aquí el meollo de la cuestión, la oligarquía de Buenos Aires era indispensable debido al rol de intermediaria que cumplía entre la metrópoli y la colonia (es decir,

Argentina), por lo tanto, no se podía prescindir de ella en cuanto al ordenamiento económico. En esta dirección, los sectores del interior que se opusieron a aquella lo hacían en vistas de imposter sus reclamos más que de intentar una modificación abrupta de la organización económica y política del incipiente país. En definitiva, todo el conflicto entre unitarios y federales del siglo XIX en Argentina resultaba secundario respecto del ordenamiento nacional ya que el mismo quedó supeditado a la forma de organización imperialista y nunca versó sobre una propuesta política alternativa que contemplara la participación de los sectores mayoritarios que habían hecho su aparición en la escena nacional.

Todo esto nos devuelve al problema que planteamos al inicio del capítulo presente: las falencias para lograr un desarrollo industrial autóctono obturado por, primero, la colonización española, segundo, los designios imperialistas y, tercero, la falta de interés de las clases dominantes; incluso aquellas figuras interpretadas como defensoras de la soberanía nacional, como el caso de Rosas con la batalla de la Vuelta de Obligado y otros acontecimientos, en realidad prepararon la suerte nacional para la completa sumisión al solventar la monoproducción primaria destinada a un único comprador (PEÑA, 2012: 164). Tras la caída del gobernador de Buenos Aires, la oligarquía porteña utilizó todos los recursos disponibles para hacer pesar sus demandas por encima del resto de los grupos participantes, incluso a costa de la unidad nacional al declarar a la provincia, por un breve lapso de tiempo, separada de la Confederación, manteniendo la tendencia económica que apreciamos anteriormente.

El punto culminante de la clase dominante bonaerense fue la Guerra de la Triple Alianza o también llamada guerra contra el Paraguay, país mediterráneo que era caracterizado por Peña como despotismo industrial y democracia colonial y que había sido la única región que había logrado algún grado de desarrollo industrial en la región, *ergo*, constituía la antítesis del proyecto librecambista que encabezaba Buenos Aires y que debía ser eliminado con el fin de suprimir cualquier alternativa al liberalismo económico más radical (PEÑA, 2012: 230-231). En esta dirección, la oligarquía porteña estaba en las antípodas de cualquier posibilidad de unidad latinoamericana porque se beneficiaba y se identificaba con los intereses del capitalismo británico que se negaba a abandonar, como bien quedó demostrado con la crisis de 1930 y los cambios en la hegemonía mundial.

El resto de la historia del siglo XIX sería la consolidación definitiva del imperialismo que formaba parte del mismo funcionamiento del sistema capitalista. Recordemos que Marx no llegó a escribir sobre este fenómeno, como sí lo hicieron otros intelectuales y políticos (tal

vez Lenin sea el ejemplo más destacado) pero sí entendemos que Marx dejó algunos apuntes para entender esta cuestión:

[...] los progresos de la acumulación hacen que aumente la materia centralizable, es decir, que aumenten los capitales individuales, en tanto que la expansión de la producción capitalista crea en unas partes la necesidad social y en otras los medios técnicos de aquellas poderosas empresas industriales cuya efectividad se halla vinculada a la previa centralización del capital. Por tanto, hoy en día, la fuerza de atracción mutua de los capitales individuales y la tendencia a la centralización son más poderosos que antes [...] En una determinada rama industrial, la centralización llegará a su límite máximo cuando todos los capitales invertidos en ella se fundan en un solo capital (MARX, 2015: 558).

Al imperialismo podríamos pensarlo como una consecuencia del proceso de centralización y concentración, desde la lectura de *El capital*, propio de la dinámica del sistema capitalista que lleva a que los recursos, los medios de producción, etc., sean parte de una facción cada vez más reducida de capitales que, para finales del siglo XIX, se correspondían con Inglaterra. En última instancia, no estaríamos más que frente a otro caso de *desarrollo desigual y combinado*, que podemos entenderlo como resultado de la lucha por la expropiación de plusvalía porque el objetivo del imperialismo radica en utilizar la diferencia existente entre los niveles de desarrollo de las fuerzas productivas de los distintos países para asegurar la expropiación de plusvalía, ahora monopolizada por los capitales más desarrollados (PEÑA, 2012: 275).

III-Conclusión

A lo largo del capítulo dimos cuenta de las limitaciones inherentes al proceso de industrialización en Argentina y América Latina como resultado de las pretensiones imperialistas que se impusieron a lo largo del siglo XIX en la región. Así, lo único que parecía seguro en el futuro era la perpetuación de la situación vigente. Ahora bien, toda esta organización económica beneficiaba exclusivamente a la clase dominante que se dedicaba a las actividades de exportación y financieras, para denominarlas de alguna manera, en consecuencia, los sectores mayoritarios no tenían lugar en dicha configuración; sin embargo, los cambios económicos, políticos y sociales que empezaron a sucederse hacia finales del

siglo XIX y principios del XX, cambiaron dicha situación, alcanzando su punto culminante con el gobierno peronista, como veremos a continuación.

Capítulo V: Peronismo y bonapartismo

I-Los albores del peronismo

Como pudimos apreciar a lo largo del trabajo, en los inicios del siglo XX argentino, según Peña, había dos grandes procesos problemáticos en marcha. El primero estaba asociado al imperialismo y la incapacidad, o falta de interés, de la clase dominante para plantear un modelo autónomo de desarrollo. El segundo, que es el que nos compete en este breve apartado, estaba relacionado con la participación política de las masas donde la aparición del sufragio universal (adjetivo engañoso porque, si bien hubo una ampliación en el número de individuos habilitados para ejercer dicho derecho, no participaba la totalidad de la población, como los extranjeros o las mujeres) fue una estrategia de los grupos concentrados para volver a acaparar el poder debido a que

El tradicional mecanismo, consistente en pasarse el Estado de mano en mano entre camarillas oligárquicas, tendía a independizar a los usufructuarios del poder de las fuerzas reales de clase en que se sustentaban; hasta llegar al juarismo, que se había distanciado increíblemente de la oligarquía en interés de sus negocios con el capital extranjero. En esos momentos de crisis el sufragio universal aparecía ante los productores nacionales como un medio para retomar un control más estrecho sobre un Estado que en gran medida se les había escapado de las manos. En general la oligarquía había sido enemiga del sufragio universal y de la participación de las masas en la vida política (PEÑA, 1966B: 15).

La reforma política no había sido más que un mecanismo de la clase dominante para volver a controlar el Estado ya que nunca tuvo vocación democrática.²⁷ En esta dirección, la llegada de Yrigoyen y la UCR al ejecutivo nacional representaba el triunfo electoral, al menos, de la pequeña burguesía, identificada con dicho partido de carácter urbano y profesional, aunque no era el único (PEÑA, 2012: 366). Por otra parte, los primeros partidos asociados con la incipiente clase trabajadora no se enfrentaron abiertamente al imperialismo, primero, por una percepción librecambista con el objetivo de mejorar la condición de vida de

²⁷ En este sentido, es interesante retomar la tesis de Natalio Botana basada en una idea similar ya que sostenía que la ley Sáenz Peña contaba con una serie de cláusulas, para denominarlas de alguna manera, que buscaban asegurar el control al sector más conservador, pero que, en última instancia, no sirvieron para lograr el objetivo inicial (BOTANA, 1985: 292-345).

los sectores trabajadores y, segundo, a partir de la conformación de los movimientos fascistas en Europa, debido al llamado a luchar contra los totalitarios bajo la idea de solidaridad internacional y la política de Frente Popular (PEÑA, 1965D: 60).

Empero, la fuerza política en cuestión que se había hecho con la primera magistratura nacional, estaba compuesta por figuras que se encontraban más cercanas a los sectores tradicionales que a los sectores medios y, además, estaba presente un nuevo sector denominado, de acuerdo a Peña, como suboligarquía que se había erigido como un grupo cada vez más relevante debido a las funciones de intermediación que cumplía en el marco de las actividades financieras subsidiarias de los intereses imperialistas (PEÑA, 2012: 342). En resumidas cuentas, el contexto en el que nos ubicamos nos deja lejos de cualquier programa orientado a lograr una clara apertura democrática.

Lo que es interesante remarcar es la manera en la que Peña ha demostrado que los supuestos avances progresivos que se podrían rastrear en la historia argentina en realidad no eran más que los vericuetos por los cuales la oligarquía fue consolidando y manteniendo su poder a lo largo del tiempo ya que las transformaciones más profundas brillaban por su ausencia, por ejemplo, las cuestiones educativas: “La educación era una palanca de Arquímedes en la transformación que proponía Sarmiento para el país. Tal vez atribuía a la educación poderes que por sí sola no tenía [...]” (PEÑA, 2012: 382). Es decir que los cambios considerados para superar la condición de atraso no habían tenido lugar en el país, más allá de cualquier atisbo de modificación, como la reforma electoral que, como apreciamos, nunca tuvo como objetivo la plena participación de las mayorías en las elecciones. De esta manera, Sarmiento se convirtió en una de las principales figuras que hicieron evidente las limitaciones de los sectores dominantes:

Por otra parte, hay en Sarmiento una conciencia bastante clara de la necesidad de tomar desde muy pronto recaudos físicos contra las posibles derivaciones coloniales de la europeización. Y esto con un criterio continental que lo hace doblemente correcto. La famosa actitud de Sarmiento en 1840, cuando defiende contra Rosas el derecho chileno a ocupar el estrecho de Magallanes, brota precisamente de su preocupación por impedir la colonización europea de esa región. Así surge netamente de los artículos de Sarmiento, que un rosista con cataratas publicó para desprestigiar al sanjuanino presentándolo como un descastado antiargentino, cuando en realidad sólo prueban que tenía una iluminada conciencia de los peligros que enfrentaba América Latina [...] Después de la

organización nacional, cuando el país estaba efectivamente en condiciones de ejercer su influencia en la Patagonia, Sarmiento defendió intransigentemente este derecho contra Chile. Pero en la época de Rosas, cuando el dilema real era entre el derecho abstracto argentino y la posibilidad real chilena o inglesa, su actitud revela la correcta preocupación de que el sur de América Latina fuera colonizado o malvinizado por Europa, con las previsibles consecuencias para la independencia de Argentina y de Chile (PEÑA, 2012: 396-397).

Si bien nos estamos retrayendo unos años en nuestro análisis, es interesante la cita para remarcar la denuncia de uno de los principales intelectuales y políticos contra las acciones de la clase dominante, siempre en las antípodas de una visión nacional y regional. En esta dirección, la única vía para mitigar o proponer una opción alternativa era incentivar el desarrollo material del país para combatir el incipiente *desarrollo desigual y combinado* (PEÑA, 2012: 421). Sarmiento habría sido uno de los pocos pensadores lúcidos en exponer las falencias de la clase dominante y resaltó su escasa iniciativa respecto de modificar el camino a seguir por el país.

II-La reconfiguración del peronismo en el escenario argentino

Más arriba analizamos los debates sobre el peronismo en el escenario argentino; ahora, debemos sumar la visión de Peña. Antes que nada, es necesario tener presente que la interpretación del peronismo contribuyó a quebrar la izquierda argentina entre aquellos que se mantenían adeptos al arco tradicional de pensamiento y aquellos que empezaron a considerar a dicho espacio político desde una visión distinta ya que, de acuerdo a su lectura, había contribuido al proceso de liberación nacional y logrado lo que ningún partido de izquierda había conseguido: el apoyo de las masas (TERÁN, 2013: 88). En palabras de Terán:

Por su parte, dentro de la izquierda la relectura del peronismo conllevará una revisión de la doctrina y la tradición del liberalismo, que ya no será considerado como un escalón dentro del progreso argentino sino como una etapa de la dependencia nacional. Con este espíritu se recusaron las contaminaciones que el marxismo habría contraído con aquel legado, iniciándose un proceso de amplias repercusiones político-culturales: si hasta entonces se había concebido predominantemente como heredera del venero liberal, ahora la nueva izquierda lucirá preocupada por descargarse de lo que percibe como un lastre, y seleccionará por consiguiente nuevos interlocutores (TERÁN, 2013: 100).

Empezaba a ser abandonada cierta visión lineal sobre el progreso y la historia argentina debido a que el peronismo había conseguido aquello que ninguna otra agrupación pudo lograr, con el apoyo de los sectores populares y aplicado medidas, como vimos precedentemente, que favorecieron a los grupos mayoritarios. No obstante, tengamos en cuenta que el apoyo al peronismo era crítico y no absoluto en cuanto a que era innegable que se habían promovido medidas como la industrialización, la participación obrera en la renta nacional, etc., y tomaba consistencia en tanto se oponía a una izquierda abstracta e internacional que no tenía en cuenta las consideraciones nacionales, pero no condensaba una propuesta absolutamente emancipadora por sí mismo (ACHA, 2009: 204).

Uno de los interlocutores más destacados de esta relectura del peronismo alejada de los parámetros de la izquierda liberal, como la que representaba Gino Germani, fue la de Hernández Arregui quien criticó al marxismo porque “[...] no era más que una de las formas de esa alienación cultural del coloniaje” (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1963: 12). Es decir, que representaba otra manera de imposición colonial en nuestro territorio, por lo tanto, se encontraba en las antípodas de cualquier principio nacional; justamente esa tarea era la que debía cumplir dicho pensador: lograr esa nacionalización ideológica (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1963: 14). Uno de los ejes de las denuncias de estos intelectuales estuvo en el rechazo al europeísmo, sin importar cuál sea la ideología o el cuerpo de ideas que se tomaran como referencia, que involucraba tanto al ya denostado liberalismo como al mismo marxismo (TERÁN, 2013: 139).

La lectura de Hernández Arregui comparte algunos de los parámetros que estuvimos viendo a lo largo del trabajo, especialmente dos. Primero, el imperialismo, el cual era considerado como la causa de la mayoría, si no todos, los problemas que atravesaba el país, al igual que todas las naciones latinoamericanas, que se convirtieron en colonias de las metrópolis más desarrolladas (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1963: 21). En esta dirección, y en segundo lugar, América Latina era capitalista desde el momento de su colonización porque España se encontraba desarrollada, aunque no en términos de industria, sino de comercio (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1963: 52).

En resumidas cuentas, Hernández Arregui fue uno de los principales exponentes de la nueva izquierda nacional que se caracterizó por abandonar los componentes internacional y liberal en detrimento de uno nuevo de carácter nacional, identificado con el peronismo,

aunque no exento de críticas (GERLO, 2015: 54). Uno de los aspectos más destacados de esa reconsideración fue la recuperación del legado hispánico como el opositor por excelencia de una cultura totalmente extranjerizante (GERLO, 2015: 51); aunque esa herencia española, al mismo tiempo, era una de las causas de la incapacidad del desarrollo capitalista autónomo.

La relación entre peronismo e izquierda no fue para nada pacífica porque

El principio para diferenciar la izquierda nacional de la izquierda peronista reside en la relación entre el movimiento peronista y la organización política de la clase obrera. Para el peronismo de izquierda, toda exterioridad al peronismo implica una adhesión objetiva al antiperonismo o una cadena sectaria a la irrelevancia. Para la izquierda nacional, el apoyo al peronismo no anula la necesidad de construir un partido independiente, que preserve el horizonte de la estrategia socialista. Por el contrario, precisamente porque se prodiga un sostén crítico al peronismo es que se requiere de una organización que equilibre la subsunción del proyecto de la burguesía nacional que Perón representa (ACHA, 2009: 208).

Más allá de los aportes del peronismo a la nación, aún era necesario, para algunos sectores de la izquierda, proseguir con la profundización de las medidas. Aunque, más allá de dicha diferenciación, algunos intelectuales, como Hernández Arregui, enfatizaron en la lucha contra el imperialismo como el objetivo más relevante de todos (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1960: 25). En esta dirección, el punto más destacado del peronismo radicó en que fue la culminación de un largo y sinuoso camino de construcción de la conciencia nacional que enaltecía la nación y rechazó a la oligarquía, la cual se convirtió en la principal responsable y cuya perseverancia era más patente de lo que se pensaba inicialmente.

III-El peronismo y sus límites bonapartistas

Más allá de la vehemencia del movimiento que hizo su aparición en escena en 1945, “El peronismo no modificó la estructura tradicional del país, es decir las relaciones de propiedad y la distribución preexistente” (PEÑA, 1966D: 8). Así de contundente fue la denominación del peronismo por parte de Milcíades Peña, ya que detrás de las reformas y los supuestos avances logrados por dicho gobierno, nunca existió una modificación profunda sobre las estructuras que dictaban el curso de la economía y la sociedad argentina. En esta dirección, el concepto de *bonapartismo* ocupó un lugar central en su explicación ya que operó

como bisagra entre, por un lado, otorgar algunas mejoras en las condiciones de vida de la mayoría de la población y, por el otro lado, mantener sin grandes modificaciones las estructuras vigentes.

La idea de *bonapartismo*, al igual que otras utilizadas por Peña, proviene de la galaxia trotskista y los derroteros de la Revolución en Rusia:

La desdicha de los candidatos rusos al papel de Bonaparte no consistía, ni mucho menos, en que aquellos no se parecían, no ya al primer Napoleón, o siquiera a Bismark (la historia sabe servirse de sucedáneos), sino en que tenían frente a sí una gran revolución que aún no había cumplido sus fines ni agotado sus fuerzas [...] El papel de árbitro entre los elementos de la vieja y la nueva sociedad era posible, en un cierto período, en cuanto ambos regímenes de explotación tenían necesidad de defenderse contra los explotados. Pero ya entre los feudales y los siervos campesinos no podía haber un intermediario “imparcial”. Al conciliar los intereses de la gran propiedad agraria con el joven capitalismo, la autocracia zarista obraba, respecto de los campesinos, no como un intermediario, sino como un apoderado de las clases explotadoras (TROTSKY, 2015: 520).

El papel de *bonapartismo* hace referencia a una figura que opera como árbitro entre los distintos intereses sociales que, en este caso al menos, tenían como principal protagonista a la aristocracia zarista que tenía un final establecido en el corto plazo debido al triunfo de la revolución. Podríamos decir que fue el último intento conducente de frenar el movimiento revolucionario, por eso mismo, “La independencia del bonapartismo es, en un grado extraordinario, exterior, demostrativa, decorativa: su símbolo es el manto imperial” (TROTSKY, 2015: 523). Siempre el bonapartismo se correspondió con una fase recesiva de la revolución que tenía como principal objetivo clausurar, u obturar en el mejor de los casos, la fase ascendente de dicho proceso.

Antes de profundizar sobre la relación entre el peronismo y el bonapartismo, debemos hacer un alto para mencionar que el *bonapartismo* no era una innovación del peronismo en Argentina debido a que empezó a tomar forma años antes y se consolidó hacia 1943:

El movimiento militar de junio comenzó a transformarse en *peronismo* cuando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, se inició la captación de la clase obrera y su estatización dentro de la nueva CGT. Las condiciones históricas eran ideales para el éxito de una política bonapartista. La economía argentina atravesaba un creciente ciclo de prosperidad, la cuota de ganancia de los capitales crecía constantemente y era posible otorgar mejoras a la clase obrera sin perjudicar en nada esencial los intereses de la burguesía, aunque ésta, claro está, proclamaba lo contrario [...] Paralelamente, la combatividad de la clase obrera había disminuido de modo tangible y sus direcciones tradicionales, socialistas y stalinistas, estaban completamente desprestigiadas por sus compromisos con la burguesía y su declarado belicismo en favor del imperialismo norteamericano (PEÑA. 1965D: 65).²⁸

El eje de la argumentación de Peña está puesto en el contexto económico favorable que, paradójicamente, contribuyó al desarrollo industrial y la consolidación de la clase obrera pero, por el otro lado, necesitaba de los insumos provenientes del país norteamericano para continuar con dicho proceso (ROUGIER, 2012: 169); mientras la situación se mantuvo fue posible el *bonapartismo*. En definitiva, es indudable que fue la clase obrera la que se movilizó en el surgimiento del peronismo, tomando como referencia el 17 de octubre de 1945, pero para defender lo que se había logrado gracias a la gestión de Perón y en las antípodas de cualquier potencial emancipador. De aquí se derivan dos cuestiones: en primer lugar, esa clase obrera era la única que había y se ubicaba lejos de cualquier perspectiva revolucionaria porque los proletarios sólo se pusieron en marcha para luchar por las mejoras obtenidas, lo cual era el resultado de cierta atrofia en la estructura económica del país que estaba lejos de cualquier sistema desarrollado (COGGIOLA, 2006: 161).

En última instancia, el sector obrero era resultado de ese tipo de industrialización, por lo tanto, era una clase bastante retraída respecto de su capacidad y potencial de lucha,

²⁸ El proceso económico mencionado por Peña es el denominado ciclo de *Stop and Go*, el cual podemos sintetizarlo de la siguiente manera: “[...] durante la fase de crecimiento del sector industrial se incrementan las importaciones (de insumos y equipos industriales especialmente); éstas requieren una cantidad de divisas superior a las que pueden proveer las exportaciones (disminuidas a su vez por el mayor consumo interno, y sujetas a las variaciones de la demanda y precios internacionales), lo que provoca una balanza comercial desfavorable y una pérdida de reservas. Para resolver ese dilema, la medida más simple y con mayores efectos inmediatos consistía en desencadenar un ajuste recesivo a través de la devaluación de la moneda nacional. El alza del tipo de cambio se transmitía de ese modo a los precios, alentando a los productores rurales y deprimiendo el salario real, al igual que el consumo. La contracción de la demanda interna permitía entonces incrementar la oferta de exportaciones y reducir las importaciones (dado que el sector industrial entraba en una fase recesiva por el encarecimiento de los insumos importados), cerrando de ese modo la brecha en la balanza comercial y recreando las condiciones para el inicio de una nueva fase expansiva” (ROUGIER, 2012: 112-113).

situación que no fue advertida por los partidos de izquierda tradicionales que nunca lograron la adhesión que sí supo conseguir el peronismo (TERÁN, 2013: 153). Dicho con otras palabras, lo que se hacía evidente era el escaso potencial de la clase obrera y, más relevante, “[...] cuál debe ser la actitud del proletariado frente a los problemas nacionales, es decir, los derivados del incumplimiento de la revolución democrática” (COGGIOLA, 2006: 98). Estamos en presencia de la discusión asociada a la condición del país y la tarea que debía cumplir la clase obrera que, como quedó demostrado con la irrupción del peronismo, era claro que estaba lejos de las posturas tradicionales. En este sentido, nuevamente Trotsky ofreció una respuesta a este interrogante con la idea de la *revolución permanente*. Antes que nada, debemos aclarar que el político ruso, a raíz de la experiencia derivada de la Revolución rusa, tenía una profunda desconfianza hacia la democracia formal debido a que había sido un recurso utilizado por la burguesía para perpetuarse en el poder a toda costa, lo que llevó a negar las mismas ventajas, para llamarlas de alguna manera, de la revolución democrática-burguesa (TROTSKY, 2012: 50). Por lo tanto, proponía la idea que mencionamos sobre la revolución porque suponía que si la burguesía no era capaz de llevar adelante su papel histórico, debía ser el proletariado quien se encargue de semejante tarea:

[...] la revolución permanente aparece expuesta como una revolución que incorpora al proletariado organizado en soviets a las masas oprimidas de la ciudad y del campo, como una revolución nacional que lleva al proletariado al poder, y abre con ello la posibilidad de la transformación de la revolución democrática en socialista. La revolución no es un salto dado aisladamente por el proletariado, sino la transformación de toda la nación acaudillada por el proletariado (TROTSKY, 2012: 119-120).

Es interesante remarcar, en primer lugar, que la *revolución permanente* dejaba en claro que la historia no seguía un curso regular porque, como había demostrado la Revolución rusa por ejemplo, el capitalismo es global y podía romperse por el eslabón más débil, más allá de la situación general en la que se encontraba el sistema. En segundo lugar, “El único sujeto social y político que puede detener el declive hacia la barbarie es la clase obrera. A eso se añade que en los países coloniales o semicoloniales las burguesías locales carecen de cualquier vocación de conducir luchas de liberación nacional o democrática” (ACHA, 2009: 252). Frente a dicha circunstancia, la única opción plausible era la conducción de la clase obrera, pero, para el caso de Argentina, esa clase no estaba en condiciones de llevar a cabo

semejante tarea; una vez más, la teoría ofrecía soluciones que no se condecían con la realidad que atravesaba.

En este breve derrotero, lo que aparece de fondo, como pudimos apreciar más de una vez, es la condición de Argentina y América Latina su denominación como *semicolonial* porque, más allá del crecimiento industrial, bajo sus particulares características, seguía siendo un país predominantemente agrícola y sumido a intereses foráneos (PEÑA, 2012: 520). En esta dirección, se configuraba un problema a futuro que era la incompatibilidad entre la economía nacional y la norteamericana ya que no eran tan complementarias como sí lo era Argentina con Gran Bretaña. Asimismo, la fuerte presencia de Estados Unidos en vísperas de la elección que consagró a Perón contribuyó a reforzar el papel del imperialismo en el escenario nacional como uno de los principales obstáculos a vencer.

Aclaradas las cuestiones anteriores y siguiendo con los aspectos más conceptuales, parte de las teorizaciones de Trotsky ya habían sido tratadas hacia poco más de medio siglo por Marx al observar los acontecimientos de 1848 en Francia; en cierta forma, el objetivo de Marx era conocer por qué un fenómeno democrático terminó con el establecimiento de un gobierno personalista y en las antípodas de cualquier revolución como fue Napoleón III. En primer lugar, Marx hizo referencia a las nuevas características de la revolución ya que no podía utilizarse el pasado, la Revolución francesa, por ejemplo, como referencia para los futuros acontecimientos (MARX, 2004: 20). Por lo tanto, en segundo lugar, en esa búsqueda de encontrar una dirección revolucionaria, en el contexto de los acontecimientos que hacían dudar a la burguesía respecto de la profundidad y la vorágine de la misma, fue donde afloraron las contradicciones de dicha clase social sobre el camino a seguir porque “La burguesía estaba consciente de que todas las armas que habían utilizado contra el feudalismo se volvían contra ella, de que todos los instrumentos culturales gestados por ella se sublevaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que habían inventado la abandonaban” (MARX, 2004: 63). La burguesía avizoraba que la profundización de la revolución únicamente llevaría a cuestionar su poder, en consecuencia, era necesario frenarla; y es aquí donde apareció el fenómeno bonapartista para detener la hemorragia que representaba la revolución.

Ahora bien, el instrumento más importante con el que contaba la burguesía, sobre todo los sectores más concentrados de dicha clase social, fue el poder ejecutivo ya que era el reducto de poder más reducido para asegurar la perpetuación del orden. De aquí se desprenden dos consecuencias importantes a futuro: primero, la centralidad que pasó a

adquirir el poder presidencial y, segundo, la burguesía se concentró en eliminar los cambios, pero mantuvo viva, al menos retóricamente, las premisas de la revolución como un horizonte de progreso y mejora social cuando en realidad estaba en las antípodas de dicho objetivo.

La figura presidencial fue una de las principales conclusiones prácticas de esta interpretación ya que era el instrumento que permitía encauzar la revolución antes de que se fuera de los márgenes tolerables para la burguesía. Esta idea fue pulida por Trotsky en su exilio tras el ascenso de Stalin en la Unión Soviética. Antes que nada, el ex líder del Ejército Rojo definió al presidencialismo como una variedad de *bonapartismo* (TROTSKY, 1932: 1) es decir, que éste último también podía tomar otras formas más autoritarias. Asimismo, ese poder concentrado era el único medio que podía frenar los conflictos de clase “[...] precisamente ésta es la función más importante del bonapartismo: elevarse sobre los dos campos en lucha para preservar la propiedad y el orden. Elimina la guerra civil, o se le sobrepone, o impide que vuelva a encenderse” (TROTSKY, 1932: 3). Era el último intento para ocluir el proceso revolucionario ya desatado, en este sentido, es importante remarcar la cercanía que existe entre el *bonapartismo* y el totalitarismo, en el contexto del siglo XX, debido a la vigencia de ciertos elementos como el ejército, la represión, el mejoramiento en las condiciones de vida y de trabajo de los obreros (PEÑA, 2012: 509).

Ahora bien, tengamos en cuenta que, más allá de la intención original del *bonapartismo*, éste podía derivar en dos extremos ya que, por un lado, tenía cierto potencial democrático debido a que esa concentración del poder podía ayudar a lograr algunas reformas para los sectores mayoritarios. De hecho, Peña no fue el único en interpretar al peronismo de esta forma otros intelectuales también lo pensaron bajo las mismas coordenadas, por ejemplo, Jorge Abelardo Ramos para quien el potencial positivo, para denominarlo de alguna manera, del *bonapartismo* en América Latina radicaba en su capacidad para enfrentarse al imperialismo (RIBADERO, 2017: 52). En definitiva, el bonapartismo podía disparar en cualquiera de las dos direcciones debido a que podía ser el vehículo, pero nunca el fin de ciertas mejoras para los grupos mayoritarios o, por el otro lado, podía ser regresivo, en el caso de que presentase rasgos totalitarios (TARCUS, 1996: 108); es decir, podía decantar en un régimen fascista, especialmente, la elevación del poder estatal por encima de la agudización del conflicto de clases (TROTSKY, 1940: 128). En esta lectura, Trotsky asoció la variante fascista con la situación agonizante del capitalismo que para sobrevivir sólo le quedaba la opción de reprimir cualquier propuesta política divergente por medio de la violencia; dicho en otras palabras, era la última opción de la burguesía.

En conclusión, fueron estas características con las que Peña calificó al peronismo porque representaba una forma política que tenía como objetivo perpetuar el régimen burgués en lugar de beneficiar a los sectores populares. En realidad, todo había sido consecuencia del contexto internacional favorable hasta que inició su ciclo descendente hacia 1952, cuando se redujo la bonanza (PEÑA, 1966D: 9). Tal vez, la única evidencia clara que había dejado en claro el peronismo había sido, y en este punto la lectura de Peña no era muy distinta a la de importantes intelectuales (podemos pensar nuevamente en Germani) de la escena nacional fervorosamente opositores a Perón, un intento totalitario a nivel nacional con medidas como la represión estatal, la persecución a la prensa opositora, etc., pero que, indefectiblemente, había logrado el apoyo de las mayorías (PEÑA, 1966D: 10 y 12). Por eso mismo, las limitaciones del peronismo hacia la posibilidad de una clase obrera revolucionaria se evidenciaron al momento del golpe de Estado de septiembre de 1955:

[...] la República Argentina seguía siendo un país atrasado y semicolonial, dominado por una burguesía terrateniente e industrial trustificada entre sí y con el capital financiero internacional, con la trascendental variante de que la vieja metrópoli británica había disminuido su participación y Norteamérica aumentado la suya. Y, a diferencia de lo que ocurría en 1943, el país estaba iniciando un nuevo ciclo de endeudamiento masivo al capital financiero internacional [...] Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la “revolución peronista” (PEÑA, 1966C: 21).

La contundente cita de Peña dejaba en claro que Argentina estuvo lejos de cualquier panacea emancipadora, en consecuencia, debemos ahondar en dicha relación: entre el peronismo y las masas.

IV-El peronismo y las masas ¿revolucionarias?

La incógnita expuesta fue un objeto de interrogación que cobró mayor importancia tras la destitución del gobierno en cuestión porque, más allá de la proscripción de dicho espacio, siguió manteniendo un nivel de adhesión enorme, por lo tanto, una de las tareas más rutilantes a las que se enfrentaron los intelectuales y políticos argentinos, sobre todo en vistas de saber

cuál iba a ser el futuro del país, radicaba en lograr la institucionalización de dicho movimiento. En esta dirección, algunos pensadores se identificaron con la herencia y el movimiento peronista, como ya apreciamos en casos anteriores, no sólo por el rechazo al núcleo liberal de la izquierda tradicional, sino, además, por la crítica al europeísmo en oposición a la identidad nacional que parecía encarnar el peronismo (TERÁN, 2013: 139).

Dentro del trotskismo, campo al cual perteneció Peña, podemos apreciar esta disyuntiva, donde aparecieron en escena algunos conceptos, como el bonapartismo, que pretendían explicar el fenómeno peronista; dicho en otras palabras, había que atender a las condiciones locales, como bien expuso Ramos: “[...] para liberarse un país semi-colonial debe realizar un examen impecable de todas sus vicisitudes, revalorar su pasado y distinguir una porción de influencia extranjera que distorsionó su vida” (RAMOS, 1973: 9). Frente a este diagnóstico, si bien el peronismo, en un tono similar al de Peña, no fue un fenómeno revolucionario por sí solo, su destitución trajo consigo la vuelta al poder de la oligarquía que se beneficiaba con el imperialismo y reprimía cualquier forma de ampliación de la participación política y económica (RAMOS, 1973: 13).

Empero, Ramos tenía una clara diferencia con Peña en relación a la *balcanización* de América Latina, es decir, la idea de que existía una unidad originaria en el subcontinente que fue suprimida en beneficio de los intereses imperialista y de los sectores más concentrados de la región. En palabras de Ramos: “Somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos” (RAMOS, 1973: 17). Justamente, lo que había sucedido era un quiebre en la unidad inicial que sólo terminó por favorecer a unos pocos. La historia de Argentina y de América Latina es la historia de esa división que fue resultado de la penetración imperialista encabezada por los países centrales. En primer lugar, en términos económicos, dicho proceso tuvo lugar después de la batalla de Caseros que subordinó al país a los designios del capital inglés, provocando un capitalismo nacional concentrado en la actividad ganadera (RAMOS, 1973: 182). Y, en segundo lugar, más relevante, ese imperialismo tuvo un fuerte componente cultural que sirvió como justificación de las políticas que tenían lugar en el país; tal vez, sin ese elemento ideológico hubiera sido imposible la sumisión económica y política del mismo.

En este contexto, el bonapartismo, para Ramos, tenía una dimensión positiva en su lucha contra el imperialismo, por ejemplo, como atestigua el caso de Rosas en el siglo XIX argentino:

[...] este había sido a todas luces un régimen bonapartista progresivo [...] especialmente en referencia a la resolución que brindaba a la fragmentación política de las excolonias. De allí su fortaleza e importancia en la vida histórica nacional pero también su límite: el Restaurador era una expresión limitada de la unidad nacional de una burguesía emergente y al mismo tiempo un “demagogo”, presto a la traición, frente a los intereses del gauchaje (RIBADERO, 2017: 92-93).

En definitiva, Peña y Ramos compartieron las autoridades intelectuales en las que se basaron para elaborar sus apreciaciones sobre el país y la región (RIBADERO, 2017: 174), y, más allá de sus diferencias, ambos, en su tarea intelectual, se concentraron en sacar a la luz los problemas y las particularidades de esta parte del globo para diagramar una estrategia a seguir con el fin de superar el atraso resultado del predominio imperialista.

Finalmente, Ramos sí rescataba un elemento claro de lo que había dejado el peronismo ya que fortaleció a la clase obrera como un actor político relevante en el escenario nacional y que, tarde o temprano, habría de encontrar una posible senda revolucionaria (RIBADERO, 2017: 194).

V-Conclusión

En resumen, la revolución peronista nunca existió ya que, primero, el sector agrícola, y con él la oligarquía, seguían siendo el núcleo de la economía, segundo, el carácter mezquino de la burguesía local para frenar el imperialismo, entre otros efectos (COGGIOLA, 2006: 176). Incluso, y a futuro, el peronismo dejó, de más está decirlo, una huella muy profunda en el escenario de la izquierda para la visión de Peña en la siguiente dirección: en la que se había convertido en una especie de freno, de obturación para cualquier propuesta alternativa. De esta observación, se desprendía la diferencia entre Peña y otras figuras del trotskismo, como Nahuel Moreno:

Reconoce [Moreno] en la clase trabajadora argentina a una de las primeras en el mundo en el desarrollo de su “conciencia” y en haberse elevado a una “política independiente”, incluso si advierte la dificultad que implica su origen inmigrante. En la misma línea, el apoyo al peronismo no carece de racionalidad obrera, porque considera que más allá de

las evidentes limitaciones burguesas que lo conducen a la derrota, encarna “el régimen más democrático en la base que recuerda el país”, no por la forma, pero sí por el contenido; es decir, por la difusión de las comisiones internas de fábrica, respeto a la clase y las conquistas básicas (ACHA, 2009: 290-291).

Para Moreno, el peronismo había dejado, tal vez incluso a su pesar, una herencia positiva que podía ser utilizada a favor de la clase obrera, mientras que para Peña era imposible semejante propuesta por los límites intrínsecos de la clase obrera y el peronismo como tal.

VI-Conclusión: De dónde venimos y hacia dónde vamos

En primer lugar, a lo largo del trabajo pudimos apreciar que los análisis de Peña vincularon la historia y la suerte argentina con la de sus vecinos latinoamericanos, por lo tanto, había más similitudes que diferencias, como bien atestiguaban algunos fenómenos como la colonización española, el imperialismo, el escaso potencial de la clase obrera como sujeto revolucionario, entre otras cuestiones. En esta dirección, las características que esbozamos serían la prueba y la causa de que el país y la región eran, y siguen siendo, inviables en términos de desarrollo capitalista ya que sólo nos quedaría, como bien ha demostrado nuestro intelectual seleccionado, la perpetuación de esas condiciones de dependencia imperantes. Por eso mismo, como ha señalado Tarcus, en Milcíades Peña encontramos una *visión trágica* sobre la historia porque “[...] la dinámica histórica es entendida como el resultado de la aguda contradicción de las fuerzas sociales, aunque en el contexto específico de nuestra formación social: una modalidad peculiar de capitalismo dependiente condujo a una ‘combinatoria endiablada’ que impidió la constitución de una nación moderna” (TARCUS, 1996: 33). De una manera u otra, no habría posibilidades de romper con las condiciones que nos atarían al atraso pasado y futuro.

En segundo lugar, una de las diferencias más destacadas de Peña en relación a otros pensadores del período fue la siguiente, por la cual entendemos que fue un intelectual significativo:

Se producía así un clivaje en la teoría de la modernización a otra de la dependencia, que colocaba el eje del problema no en el desarrollo técnico sino en una cuestión política que demandaba la ruptura con el imperialismo y también con la propia burguesía nacional que si en la primera versión era la protagonista del cambio, se había relegado incapaz de liderarlo y ahora, abandonada a su vocación, debía ser reemplazada por otros actores sociales (TERÁN, 2013: 172-173).

Lo que vemos es la mutación en una franja del pensamiento argentino que rechazó el *etapismo*, la idea de que la suerte del país era seguir con la sucesión de etapas, valga la redundancia, hasta lograr el desarrollo tan buscado. Por lo tanto, la salida sería la ruptura con la situación vigente, como bien había presentado el caso cubano, como el gran paradigma revolucionario en América Latina, aunque, para nuestro caso, no teníamos una clase social

con las condiciones necesarias para cumplir semejante tarea. De hecho, la problemática de lograr una consciencia y acción revolucionarias fue una de las tareas más importantes pregonadas por los protagonistas. En palabras del mismo *Che* Guevara:

Ésta es la educación que mejor cuadra a una juventud que se prepara para el comunismo: la forma de educación de la cual el trabajo pierde la categoría de obsesión que tiene en el mundo capitalista y pasa a ser un grato deber social, que se realiza con alegría, que se realiza al son de cánticos revolucionarios, en medio de la camaradería más fraternal, en medio de contactos humanos que vigorizan a unos y otros, y a todos elevan (GUEVARA, 2012: 75).

Para el *Che*, la posibilidad del socialismo sólo era viable con el nacimiento de un hombre nuevo que sirviera de apoyo, y al mismo tiempo transforme, la sociedad en la que se encontraba. En esta dirección, Cuba se erigía como la vanguardia en América Latina sosteniendo, incluso, la opción por la lucha armada como la única vía plausible para semejante tarea. En este sentido, Peña fue uno de los pensadores más lúcidos para advertir las condiciones de Argentina y América Latina, eran similares, en consecuencia, la salida del atraso debería ser relativamente parecida. En definitiva, para Peña, parafraseando a Marx y Engels, “Son los individuos reales, su acción y sus condiciones de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción” (MARX Y ENGELS, 2012: 18). En esta dirección, ante todo, conocer las situaciones concretas de la región, era una de las condiciones indispensables para empezar a pensar y romper con las condiciones imperantes en vistas de un futuro distinto. Además, “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro” (BENJAMIN 2007: 67); es decir, que la historia no está a salvo del presente y que, al mismo tiempo, es ese presente el que nos compete ya que los problemas que nos atañen como sociedad son siempre problemas del porvenir, son problemas que nunca llegan, pero que siempre están latentes y frente a los cuales debemos elaborar alternativas (ROGGERONE, 2018: 38). Por lo tanto, recuperar y reflexionar sobre los debates que se empezaron a gestar hace poco más de cinco décadas es determinante para entender nuestro escenario actual donde muchos de los fenómenos que se asoman en la superficie tienen que ver, están relacionados con ciertas cuestiones inconclusas que tuvieron su origen en los años que estudiamos.

VII: Bibliografía y fuentes

- Acha, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Adamovsky, Ezequiel, *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, *Dialéctica del iluminismo*, La Plata, Terramar, 2013.
- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Ansaldi, Waldo, “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático”, en Ricardo Falcón (dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930). Nueva historia argentina. Tomo 6*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 17-57.
- Aricó, José, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Astarita, Carlos, *Del feudalismo capitalismo. Cambio social y político en Castilla y Europa Occidental, 1250-1520*, Valencia-Granada, Universitat de Valencia y Editorial Universidad de Granada, 2005.
- Bagú, Sergio, *Economía de la sociedad colonial*, Colección. Socialismo y libertad, [s.l.], [s.f.].
- Benjamin, Walter, *Conceptos de filosofía de la historia*, Buenos Aires, Terramar, 2007.
- Bernstein, Eduard, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982.
- Blanco, Alejandro, “Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt en la obra de Gino Germani”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 3, 1999, pp. 95-116.
- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Blanco, Alejandro y Jackson, Luiz Carlos, *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*, Bernal, UNQ, 2015.

- Boron, Atilio A., *Socialismo del siglo XXI ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Buenos Aires, Luxemburg, 2008.
- Botana, Natalio R., *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, El mamífero parlante, 1993.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- Chiaramonte, José Carlos, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, ediciones ryr, 2006.
- Collier, Ruth B. y Collier, David, “Incorporation. Recasting State-Labor Relations”, en *Shaping the Political Arena*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 196-270.
- De la Torre, Lisando, *Obras de Lisandro de la Torre. Tomo II, La lucha antiimperialista*, Buenos Aires, Hemisferio, 1952.
- Fausto, Boris, *Historia concisa de Brasil*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- Fernandes, Florestan, “Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina”, en Benítez Zenteno, R. (coord.), *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985.
- Fitzpatrick, Sheila, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Fromm, Eric, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Furtado, Celso, *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.
- Gerlo, Martín, “Hernández Arregui y la reformulación del concepto de nacionalismo”, en *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 13, N° 50, 2015, pp. 45-57.
- Germani, Gino, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en Mora y Araujo, Manuel y Llorente, Ignacio (compiladores), *El voto peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 89-163.
- Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Solar, 1987.

- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- Giletta, Matías Fernando, Sergio Bagú. *Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.
- Gunder Frank, Andre, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid-Buenos Aires, Alianza, 2010.
- Hernández Arregui, J. J., *La formación del izquierda nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea, 1960.
- Hernández Arregui, J. J., *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Hachea, 1963.
- Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2010.
- Hobsbawn, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 2009.
- Jay, Martin, *La imaginación dialéctica. Historia de la escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*, Madrid, Taurus, 1991.
- Justo, Juan B., *Teoría y práctica de la historia*, Buenos Aires, Libera, 1969.
- Korzeniewicz, Roberto P., “Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 33, N° 131, 1993, pp. 323-254.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2015.
- Lenin, V. I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires, Libertador, 2005.
- Lenin, V. I., *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, varias ediciones.
- Llach, Juan José, “El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 23, N° 92, 1984, pp. 515-558.
- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, Santiago de Chile, LOM, 2007.
- Lugones, Leopoldo, *Antología poética*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1965.
- Mannheim, Karl, *Libertad, poder y planificación democrática*, México, FCE, 1953.

- Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1996.
- Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1991.
- Marx, Karl, *El capital. Crítica de la economía política*, México, FCE, 2015.
- Marx, Karl, *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Libertador, 2004.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *El manifiesto comunista*, Buenos Aires, Sol90, 2012.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1968.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Myers, Jorge, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, 2002, pp. 217-230.
- Novaro, Marcos, *Historia de la Argentina: 1955-2010*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- O’Connell, Arturo, “La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XXIII, N° 92, 1984, pp. 1-50.
- O’ Donnell, Guillermo, *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1980.
- Palti, Elías José, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- Peralta Ramos, Mónica, *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Portantiero, Juan Carlos, “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en Waldo Ansaldi y José Luis Moreno (comps.), *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires, Cántaro, 1996, pp. 301-346.
- Portantiero, Juan Carlos, “Transformación social y crisis de la política”, en *La ciudad futura. Revista de cultura socialista*, Buenos Aires, N° 4, 2002, pp. 14-15.

- Puiggrós, Rodolfo, *De la colonia a la revolución*, Buenos Aires, Leviatán, 1957.
- Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos. I*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Raffin, Marcelo, “La modernidad como problema”, en Marcelo Raffin (comp.) *Problemas en clave transdisciplinaria*, Buenos Aires, Proyecto editorial, 2006, pp. 11-20.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Las masas y las lanzas (1810-1862)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- Reed, John, *10 días que estremecieron al mundo. I y II*, Buenos Aires, Sol90, 2012.
- Ribadero, Martín, *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, UNQ, 2017.
- Roggerone, Santiago M., *¿Alguien dijo crisis del marxismo? Axel Honneth, Slavoj Žižek y las nuevas teorías críticas de la sociedad*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.
- Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- Rostow, W. W., *Las etapas del crecimiento económico*, México, FCE, 1964.
- Rougier, Marcelo, *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Salas, Ernesto “Cultura popular en la primera etapa de la resistencia peronista”, en *Secuencia. Nueva Época*, N° 30, 1994, pp. 141-158.
- Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas argentinas. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Terán, Oscar, *Nuestro años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Torre, Juan Carlos, “Reinterpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 18, 1989, pp. 525-548.

- Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa, “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955). Nueva historia argentina. Tomo 8*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 257-312.
- Tortorella, Roberto Luis, “Dilemas y tareas del revisionismo de izquierda. Rodolfo Puiggrós, el fenómeno peronista y el rol del intelectual revolucionario en la Argentina”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 12, 2008, pp. 109-132.
- Trotsky, León, “Bonapartismo, fascismo y guerra”, en *Fourth International*, N° 5, 1942, pp. 128-131.
- Trotsky, León, “El bonapartismo alemán”, en *Biulleten Opposittsii*, N° 32, 1930, pp. 1-5.
- Trotsky, León, *Historia de la revolución rusa*, Buenos Aires, ediciones ryr, 2015.
- Trotsky, León, *La revolución permanente*, Buenos Aires, Sol90, 2012.
- Villanueva, Javier, “El origen de la industrialización argentina”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XII, N° 47, 1972, pp. 1-24.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1987.
- Wright Mills, C., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1961.
- Fuentes
- Allende, Salvador, *Presente*, Buenos Aires, Sol90, 2012.
- Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, Buenos Aires, Luxemburg, 2005.
- Guevara, Ernesto, *Escritos revolucionarios*, Buenos Aires, Sol90, 2012.
- Perera Dennis, Alfredo (Peña, Milcíades), “Apuntes para una historia del peronismo”, en *Fichas de investigación económica y social*, N°7, 1966, pp. 3-21.
- Peña, Milcíades, “Claves para entender la colonización española en la Argentina”, en *Fichas de investigación económica y social*, N° 10, 1966, pp. 39-50.
- Perera Dennis, Alfredo (Peña, Milcíades), “Claves para la historia argentina: La revolución del 90”, en *Fichas de investigación económica y social*, N°6, 1966, pp. 3-21.

Perera Dennis, Alfredo (Peña, Milcíades), “Gino Germani sobre C. W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”, en *Fichas de investigación económica y social*, N° 2, 1965, pp. 37-48.

Peña, Milcíades, *Historia del pueblo argentino*, Buenos Aires, Emecé, 2012.

Perera Dennis, Alfredo (Peña, Milcíades), “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”, en *Fichas de investigación económica y social*, N°4, 1965, pp. 3-25.

Perera Dennis, Alfredo (Peña, Milcíades), “Una década decisiva en la formación de la moderna clase obrera argentina: 1935-1945”, en *Fichas de investigación económica y social*, N° 3, 1965, pp. 53-69.